



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

868

S196 du

1867

A

466375

DUPL

PROPERTY OF
*University of
Michigan
Libraries*
1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

DULCES CADENAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS SAN JUAN. *y Alcazar*

Representada por primeza vez en el teatro del Circo el 21 de
Febrero de 1866, á beneficio de la primera actriz Sta. Doña
Adelaida Álvarez.

CUARTA EDICION.

MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

58
196 du
867

PERSONAJES.

ACTORES.

JULIA.....	SRS. D. ^a MATILDE DIEZ.
AMELIA.....	D. ^a ADELAIDA ALVAREZ.
CONCHA.....	D. ^a CLOTILDE LOMBIA.
LUIS.....	SRES. D. MANUEL CATALINA.
ENRIQUE.....	D. JUAN CASAÑER.
RICARDO.....	D. MANUEL PASTRANA.
ANDRÉS.....	D. EMILIO MARIO.

La escena en Madrid, año de 186...

Las indicaciones se hacen con relacion al actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

63.306099

Á LA SEÑORITA DOÑA AMALIA SAN JUAN Y ALCOCÉR.

- Admite, mi querida Amalia, este débil testimonio de mi entrañable cariño, con un apasionado beso que te envia tu amantísimo hermano

Luis.



EL ADVENIMIENTO DE UN POETA.

Tres meses hace que un desconocido penetraba por las puertas del *Teatro del Circo*, con un manuscrito debajo del brazo.

Era un jóven, como de veinticinco á veintisiete años, de buena estatura, delgado, moreno, algo pálido, en cuya ancha frente, ojos vivos, facciones pronunciadas, poblado bigote, espesa y negra cabellera, fisonomía noble y expresiva, adivinábanse desde luego un carácter firme y una inteligencia privilegiada.

Subió con incierto paso la escalera que conduce á la dirección escénica y se presentó, entre confuso y resuelto, al Sr. D. MANUEL CATALINA.

Hé aquí, le dijo, una comedia que he escrito. Primera producción de mi pluma, ignoro si es buena ó mala: yo mismo no tengo opinión sobre ella. Ni llevo un nombre ilustre ni cuento con el apoyo de ningún Mecenas. Si esta horfandad literaria puede ser un título para V., yo espero que se sirva leer mi obra. Después hará V. de ella lo que le plazca.

El Sr. CATALINA prometió hacer lo que se le pedía y despidió al jóven con la sincera amabilidad que le caracteriza.

Pocos días después refería con gran satisfacción al que traza estas líneas el hallazgo de un nuevo autor dramático y de una nueva comedia.

El autor era el Sr. D. LUIS SAN JUAN.

La comedia se llamaba *Dulces cadenas*.

El Sr. CATALINA la había hojeado primero con esa mezcla de

interés y desconfianza, que al director de un teatro, cansado de leer abortos de ingenios ignorados, y deseoso al par de enriquecer su repertorio escénico, inspira todo manuscrito que se le confía; pero bien pronto llamaron su atención de artista y de hombre de letras la excelente estructura del metro, la naturalidad del diálogo, la belleza de la forma, el sentimiento, ora cómico, ora dramático, que rebosaba en algunas escenas, y ya entonces se le fueron los ojos tras una y otra página; emprendió seriamente la lectura, repitióla mas de una vez con placer vivísimo, y dudando todavía de su acierto y sobre todo de su fortuna, quiso someter la obra al criterio de algunos inteligentes.

Los nuevos críticos confirmaron la opinion del primero. MATILDE DIEZ, sobre todo, la inspirada MATILDE, la perla de nuestras actrices, el primero de nuestros artistas dramáticos, acogió la comedia con el entusiasmo propio de su talento y de su carácter: JUAN COUPIGNY, el distinguido autor de *Mañana* y de *La Luna de hiel*, hablaba de ella con un elogio que, viniendo de persona tan imparcial y tan discreta, no podia menos de ser merecido.

La duda era ya imposible: el hallazgo á que se referia el Sr. CATALINA estaba justificado; la dramática española contaba con un nuevo autor dramático y una nueva obra de precio.

Pronto el nombre de ese autor, todavía oscuro, tendria una confirmacion solemne; pronto recibiria esa obra la sancion inapelable del público. Y en efecto, el Sr. CATALINA, que reúne á su ilustrado celo, una actividad infatigable, un amor al arte superior á sus propias conveniencias, como autor y como empresario, dispuso para una época próxima la primera representacion de DULCES CADENAS.

Quando el Sr. SAN JUAN lo supo, apenas podia creer tan grata nueva. Habia sufrido tanto el pobre jóven desde que concibió la idea de escribir su comedia! Habia luchado tanto entre su vocacion de poeta y los severos pero prudentes consejos que le daban las personas de su mayor respeto! Mas de una vez habia vacilado entre la voz secreta, pero imperiosa, de su conciencia, que le gritaba «adelante!» y la fuerza resistente del miedo que detenía sus pasos. Mas de una vez, tendiendo una mirada escru-

tadora al horizonte del porvenir no habia visto en él mas que tinieblas. Mas de una vez, en fin, despues de haber columbrado su estrella en el cielo del Parnaso, habia creído que se eclipsaba ó se perdía en la oscuridad de una noche eterna. ¡Qué cosa mas natural! El Sr. SAN JUAN era tímido, era modesto, desconfiaba de sus propias fuerzas, como desconfia siempre el verdadero talento, y quizá por no acusarse de orgullo, se rebajaba él mismo intelectualmente á los ojos de los demas y á los suyos propios.

Por fin habia osado llamar al templo de las letras; habia exhibido sus credenciales, y el Sr. CATALINA, reconocidas y halladas en regla, le franqueaba de par en par las puertas. Podía ya abrir su pecho á la esperanza; podia acercarse á aquel lugar sagrado; embriagarse con el aroma del incienso, que allí perpétuamente humea, y, sin embargo, sufría mas cruelmente que nunca; le asustaba la perspectiva de la gloria, y ya en el umbral mismo del santuario, hubiera querido retroceder, deslumbrado por sus resplandores.

Pero, al punto á que habian llegado las cosas, era imposible la retirada. La comedia se habia puesto en ensayo; una notable actriz, Doña ADELAI DA ÁLVAREZ, la habia elegido para su beneficio; los actores estudiaban con afán, bajo la habilísima direccion del Sr. D. MANUEL CATALINA, sus respectivos papeles, entre los cuales, no habia tocado por cierto la mejor parte al director, como mas de una vez le sucede; leiase en los carteles, impresa en gruesos caractéres, la frase *Dulces cadenas*, y todo anunciaba para el autor una crisis inmediata é inevitable.

El Sr. SAN JUAN, á medida que esta se acercaba, sentía agravarse sus dolores; un malestar, una inquietud, un desasosiego indefinibles se apoderaron de su alma; víctima de encontrados sentimientos, presa á un tiempo mismo del temor y del deseo, no dormía, no descansaba, no tenia un instante de reposo, y acaso, acaso, exclamó mas de una vez en su interior:

«Quién pudiera sobornar al tiempo!»

como aquel personaje de *El tanto por ciento*, á que ha dado vida el ingenio creador de ADELARDO AYALA.

Llegó, al fin, la noche tan suspirada y tan temida; la noche del estreno.

La escena estaba ya decorada, las luces encendidas, los actores con sus trajes, el apuntador en su puesto. Los espectadores comenzaron á ocupar sus asientos, con esa indiferencia con que se asiste á una funcion cualquiera, sin interés, sin prisa, casi sin curiosidad, como quien no espera mas que pasar el rato ó matar el tiempo. Quién les hubiera dicho que en aquella hora iban á decidirse los destinos de un hombre, su reputacion, su dicha, su vida entera! Ah! si el público sospechara todo el bien que puede hacer una palmada suya, un bravo, una sonrisa; si él supiera cuán grande es su poder sobre todo lo que le rodea; si estuviese en el secreto de todos los afanes, de todos los esfuerzos, de todas las vigiliass que cuesta el agradarle, de fijo que no dictaria tan de ligero sus fallos, ni escucharia en ocasiones, como oidor de chancilleria, distraido ó soñoliento, los procesos que se le someten.

Pero volvamos á nuestro autor y á nuestra comedia.

Llenóse la sala, sonaron los acordes de la orquesta, el apuntador dió la señal, alzóse el telon lentamente y aparecieron los actores en la escena.

Momento indescriptible y supremo!

Qué pasaba entonces en el alma del Sr. SAN JUAN? Solo los que se hayan hallado alguna vez en su caso pueden comprenderlo.

El Sr. SAN JUAN no sentia ya; la inminencia del peligro habia embotado su sensibilidad; el terror habia helado la sangre en sus venas. Pálido, convulso, estupefacto, se hallaba de pié, apoyado en uno de los bastidores, pareciendo como que escuchaba la representacion; pero en realidad sin oír nada. Percibia, sí, voces confusas, palabras inconexas, ecos lejanos y apagados de un arpa, cuyos sonidos creia conocer, pero sin que de ello acertara á darse cuenta. De pronto llegó clara y distintamente á sus oidos un rumor alegre, una especie de murmullo expansivo; despues una risa prolongada; despues un ruido como de palmas que se chocan. Entonces comenzó á despertar de su estupor y pudo conocer lo que pasaba en derredor suyo.

El público, que al principio parecía indiferente, había ido fijándose poco á poco en la fábula; de la atención había pasado al interés, del interés al anhelo, y ya tomaba parte en los accidentes, se identificaba con la acción, reía, lloraba, se estremecía de alegría ó de pena. Estas emociones fueron creciendo; los aplausos, continuos durante la representación, se redoblaron al final de cada acto; en el intermedio del segundo al tercero fué llamado con gran insistencia el autor á la escena, y al concluirse la comedia, un estallido de bravos, un verdadero trueno de aplausos, saludó al Sr. SAN JUAN, nuevamente aclamado por la multitud, en unión de todos los actores, que tan acertadamente, sobre todo MATILDE, la señorita LOMBIA y MARIO, habían interpretado sus papeles.

Pocas veces hemos presenciado un triunfo mas completo; pocos autores noveles han merecido una ovación mas gloriosa.

Qué es lo que había dado motivo á ella? Qué había visto el público en el Sr. SAN JUAN y en su obra? Hélo aquí, tal como nosotros lo comprendemos.

DULCES CADENAS es una comedia que, sin tener gran originalidad en la fábula, se distingue por la novedad con que está presentada, la cual raya muchas veces en atrevimiento. Su bella forma, su diálogo, fácil y animado, su versificación siempre fluida y armoniosa, responden á las tradiciones de nuestro teatro, donde la galanura del estilo y la limpidez del verso compensan á veces con exceso la sencillez de la acción y aun la inverosimilitud de las peripecias. Pero no son estas las principales bellezas de la obra. Hay en ella caracteres tan bien dibujados, hay situaciones tan hábilmente sostenidas; hay, sobre todo, un tacto, una sobriedad, una discreción en todos los pormenores, que encantan y admiran en un autor de tan escasa experiencia. Aquella *Concha*, tan inocente, tan cándida, tan sencilla, que ignora todavía lo que es amor en las primeras escenas, y en cuyo pecho se filtra la pasión tan naturalmente, exhalándose en acentos purísimos, es la imagen de una niña angelical, á las diez y seis primaveras; aquel *Andrés*, tan decididor, tan gracioso, y al mismo tiempo tan leal á sus amos, representa á la perfección un criado andaluz, honrado, pero travieso y mujeriego; aquella *Amelia*, tan

humilde, tan doliente, tan resignada, es un retrato, hecho en dos pinceladas maestras, de la mujer que llora su virtud, perdida en un momento de amoroso extravío; aquella *Julia*, tan tierna, tan delicada, tan digna, puede presentarse sin duda como modelo de esposas, como la personificación del númen de la familia, del ángel del hogar doméstico. Añádanse á esto el acierto con que está hecha la exposicion, la feliz combinacion de las escenas, en que alternan regularmente las alegres con las tristes, haciendo caminar al espectador de una emocion á otra de distinta especie, el sentimiento que rebosa en todas ellas, la concision de la frase, la energia de los conceptos, y se tendrá una idea del mérito literario de *Dulces cadenas*.

En cuanto á la valia del autor, es mas fácil sin duda apreciarla en su cantidad que en los elementos de que está formada. Por nuestra parte, creemos que el Sr. SAN JUAN, sin poseer en grado eminente ninguna de las dotes que constituyen ún buen autor dramático, reúne sin embargo todas las que se necesitan para serlo. No ha mostrado, en efecto, hasta ahora, ni la exquisita ternura y la brillante imaginacion de Garcia Gutierrez, ni la gracia y la facundia de Breton de los Herreros, ni el talento profundo y sentencioso de Ayala, ni la fuerza de inventiva de Rubí; y sin embargo, no puede decirse que carece de ninguna de estas cualidades. Es tierno, es imaginativo, es gracioso, es pensador, y sabe apoderarse de las ideas poéticas, que estan por decirlo así, en la atmósfera, para darles una nueva forma y presentarlas con nuevos ropajes. Tiene, sobre todo, un instinto tan perspicaz, una intuicion tan poderosa, que adivina, antes de conocerlos, los recursos del arte. Así es que su primera obra, mas que el fruto espontáneo de un arbusto todavia débil, parece el producto rico en jugos y en olores de un árbol vigoroso y lozano.

Esto explica, en nuestro concepto, el éxito de *Dulces cadenas*.

El Sr. SAN JUAN ha recibido con él el bautismo de la gloria.

Si así empieza su carrera literaria, qué no podrá esperarse de su inteligencia, cuando haya madurado con el estudio?

Esperemos mucho, que esto le comprometerá á hacer algo por lo menos.

Y entre tanto, felicitémonos de un acontecimiento que redun-

da en pró del teatro nacional, y que viene á aumentar el lustre de la dramática escena.

En nombre de ella, nosotros enviamos al Sr. SAN JUAN nuestro parabien mas cordial.

En nombre de ella, le saludamos con el ósculo de hermano y de compañero.

Plaza al novel ingenio que se abre paso, entre la multitud, en la república literaria!

Salud al advenimiento del nuevo y aplaudido poeta!

28 de Febrero de 1866.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo. Puerta al foro, que conduce por un lado al jardín y por otro á la calle. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, CONCHA y LUIS. Ellas bordando junto á un velador, en primer término de la izquierda: Luis en el lado opuesto y sentado en un sofá, leyendo en un libro.

JULIA. Sigues, pues, en tu manía?

CONCHA. No puedo el claustro olvidar.

JULIA. Sin duda debes estar mal en nuestra compañía.

CONCHA. Prima, no me des así, con tu sarcasmo, tormento; el recordar el convento no es que me halle mal aquí.

JULIA. Cierto; mas á mi pesar, en tu desvario loco, veo que dentro de poco vas á querer profesar.

CONCHA. Y el hacer esa intencion es malo?

JULIA. Á tus años; sí.

- CONCHA. Pues lo siento, porque á mí
no me falta vocacion.
- LUIS. Quereis tener la bondad
de no hablar tan alto, niñas?
- CONCHA. Por Dios, Julia, no me riñas!
- JULIA. Reñirte?... qué necedad!
No creo tanto en tu fé.
- LUIS. Quereis callar? •
- JULIA. No, señor.
- LUIS. Mil gracias por el favor,
vida mia.
- JULIA. No hay de qué.
Si usted fuera más galante...
(Reconviniéndole dulcemente.)
- LUIS. Yo?... Pues en qué he delinquido?
- JULIA. En ser usted un marido
muy poco atento.
- LUIS. Adelante!
Si es que estoy leyendo un paso
tan lindo...
- JULIA. Y nosotras dos,
no somos?...
- LUIS. Oh! sí, por Dios.
- JULIA. Pues no nos haces gran caso.
- LUIS. Vamos, qué es lo que apetece? (Acercándose)
- JULIA. Que estés más próximo á mí.
- LUIS. Y se irá el enojo?
- JULIA. Sí,
aunque no te lo mereces.
Esa fria indiferencia
se aumenta en tí cada dia:
cualquiera imaginaria
que temes nuestra presencia.
- LUIS. Yo indiferente? Qué antojos!
cómo pudiste creer?...
Si no tengo mas placer
que el de mirarme en tus ojos.
- JULIA. Que te violentas barrunto.
- LUIS. Si tú lo das por supuesto...
- JULIA. Corriente: dejemos esto
y pasemos á otro asunto.
No sabes la novedad?

LUIS. La novedad? Pues qué pasa? (Se sienta.)

JULIA. Que Concha está mal en casa.

CONCHA. No, Luis; eso no es verdad.

LUIS. Concha!

CONCHA. Pero si es un cuento
que ella inventa.

JULIA. No, señora.

Mira, no pasa una hora
sin recordar su convento.
Y habla con tanta lisonja
de las madres!...

CONCHA. Calla ya.

JULIA. En fin, inclinada está
la niña á meterse monja.

LUIS. ¡Qué caprichos tan extraños!

CONCHA. No es capricho.

LUIS. Sí lo es:
crece... y veremos despues.

CONCHA. Tengo ya diez y seis años!

LUIS. Diez y seis años!... y qué?
Á tu edad, nada es profundo:
estudia primero el mundo,
y luego...

CONCHA. Ya lo estudié.

LUIS. ¿Cómo? Si hará un mes mañana
que tu convento has dejado.

JULIA. Ya ha visto el Retiro, el Prado
y la Fuente Castellana. (Con ironía.)

CONCHA. Y en todas partes me aburro.
Lo quieres mas claro?

JULIA. No.

LUIS. Ya es bastante; pero yo,
francamente, no discurro
de qué tu aversion proviene...

CONCHA. El Prado es una Babel,
y me marea el tropel
de gente que va y que viene;
y al pasar yo, no me agrada
que me lance ningun ente
una mirada insolente
que me ponga colorada.

LUIS. Hola! Ya ha observado usted

- que gusta?
- CONCHA. Yo no reparo
sino en que me miran.
- LUIS. Claro:
que te miran, y por qué?
Esas miradas que allá
te inquietan, qué es lo que indican?
- CONCHA. Yo no sé.
- LUIS. Pues significan
que eres muy bonita.
- CONCHA. Bah!
- LUIS. Si fueras menos ingrata,
conocerías...
- CONCHA. El qué?
- LUIS. Lo que es amor.
- CONCHA. Ya lo sé;
es una pasión que mata;
mira si sé.
- LUIS. (Qué candor!)
- JULIA. (Las madres la han trastornado!)
- LUIS. Concha, después de tratado,
lo definirás mejor.
Pero ya que hablamos de esto,
dime, te gusta tu primo?
- CONCHA. Quién, Ricardo? Sí, le estimo.
- LUIS. No le quieres?
- CONCHA. Por supuesto.
- LUIS. Y qué, no le admitirías
por amante?
- CONCHA. No, señor;
que si es tan malo el amor...
- LUIS. Él llega.
(Viene Ricardo por la segunda puerta derecha.)

ESCENA II.

DICHOS y RICARDO.

- RICARDO. Adios.
- JULIA. Buenos dias.
- LUIS. Poco madrugas, querido.
- JULIA. No le esperará alguna dama.

- RICARDO.** Pues, aunque estaba en la cama,
os juro que no he dormido.
- LUIS.** Con efecto, noto en tí...
Acaso amor te robó
la paz?
- RICARDO.** No diré que no.
- LUIS.** Chico, me lo presumí.
- JULIA.** Y cuál hermosura fué?...
LUIS. Dinos...
- RICARDO.** No.
- JULIA.** Discreto estás.
- RICARDO.** Este secreto jamás
á nadie revelaré.
- CONCHA.** Reservado? Muy bien hecho.
- JULIA.** Será un capricho, de fijo.
- RICARDO.** Es amor puro.
- LUIS.** Pues, hijo,
que te haga muy buen provecho.
Qué opinas tú? (Bajo á Julia.)
- JULIA.** (id.) Que es por ella,
obligale un poco mas;
anda.
- LUIS.** Conque no dirás
cómo se llama esa bella?
- RICARDO.** No puedo.
- LUIS.** Más no insistamos.
- CONCHA.** Pero es mucha obstinacion:
Ricardo tiene razon.
- LUIS.** Creo que les estorbamos. (Bajo á Julia.)
Os quedais aqui los dos,
eh?
- CONCHA.** Nos dejais!
- JULIA.** Yo no tardo
en volver. Adios, Ricardo.
- RICARDO.** Abur.
- LUIS.** Adios, chico.
- RICARDO.** Adios.
(Vánse por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA III.

CONCHA y RICARDO.

RICARDO. (Héteme con ella á solas.
Y no hay duda, es hechicera!) (Pausa.)

CONCHA. Qué tienes primo? Estás triste?

RICARDO. No, Concha.

CONCHA. Es que te molestan
Julia y Luis con sus preguntas,
verdad?

RICARDO. No.

CONCHA. Gente mas terca!

Y nunca saben hablar
nada que de amores no sea.

RICARDO. Qué tiene de extraño?

CONCHA. Mucho,
mucho; sí, señor.

RICARDO. Dispensa,
Conchita; es que tú comprendes
el amor de una manera...

CONCHA. Á mí me enseñaron...

RICARDO. Sí,
á decir que es una fiera.

CONCHA. Y no está lejos de serlo.

RICARDO. Quien eso dice, blasfema.

CONCHA. Entonces, qué es el amor?

Vamos á ver tu respuesta.

(Deja la labor y se pone de pie.)

RICARDO. Amor es... el cariñoso
beso que una madre tierna
deposita sobre el hijo,
sangre de sus propias venas;
fuente que mana virtudes;
flor de purísima esencia;
sentimiento que nos guia
á mil gloriosas empresas,
amor es... el mayor bien
de los bienes de la tierra.

CONCHA. En ese caso el amor
seria una cosa buena.

RICARDO. No reclama Dios el nuestro?

CONCHA. Sí.

RICARDO. Pues juzga su grandeza.

CONCHA. Eso es cierto; pero entonces, por qué las madres se empeñan en decir?...

RICARDO. Porque el amor, en medio de sus bellezas, tiene también sus peligros. Esa pasión, que fermenta pura en nuestro corazón y el alma de gozo llena, puede al mismo tiempo herir de muerte nuestra existencia; y heridas que el amor abre, ningún bálsamo las cierra.

CONCHA. No acabo de comprender...

RICARDO. Mejor es que no lo entiendas; mas sábetelo que al amor trataste con gran dureza, y ofendido de tu juicio, en tí vengarse pudiera.

CONCHA. Piensas que llegue yo á amar?

RICARDO. Así creo.

CONCHA. Pues no creas.

RICARDO. Si un joven, de circunstancias recomendables, viniera rendido á ofrecerte un día hasta su propia existencia, en cambio de tu cariño, ¿qué harías?

CONCHA. Toma! Si él era como lo pintas tú ahora, no sé... mas ¿dónde se encuentra uno que así solicite?...

RICARDO. No falta quien lo apetezca.

CONCHA. Dónde está?

RICARDO. (Tiene razón: soy el hombre más babieca!... pero... no me atrevo...) Andrés!
(Llamando, después de mirar su reloj.)

CONCHA. Vas á salir?

RICARDO. Sí, dispensa.
CONCHA. Lo siento mucho.
RICARDO. (Lo siente!...
No tengo sangre en las venas!)

ESCENA IV.

DICHOS y ANDRÉS, por el foro.

ANDRES. Ha yamao usted?
RICARDO. Sí, oye. (Hablan bajo.)
CONCHA. (Estoy confusa y suspensa!
Amor es... el cariñoso
beso que una madre tierna...
y luego... tiene razon,
Dios que le amemos ordena,
y Dios nada malo quiere.)
RICARDO. Sabes?
ANDRES. Al pié de la letra.
RICARDO. Corriente. Adios, Concha.
CONCHA. Adios.
RICARDO. (Me enamora su inocencia!) (Vase foro.)

ESCENA V.

CONCHA y ANDRÉS.

CONCHA. Escucha, Andrés.
ANDRES. Mande usted.
CONCHA. Tú has corrido muchas tierras.
ANDRES. Como que fuí melitar.
CONCHA. Y tendrás mucha experiencia
en cosas de mundo, eh?
ANDRES. Soy perro viejo.
CONCHA. Pues ea!
voy á hacerte una pregunta;
respóndeme con franqueza:
qué es el amor?
ANDRES. El amor?
Pos miste que la respuesta
toavía es mas complicá
que los toques de corneta.

El amor, el amor es...
un chiquiyo sin vergüenza
que yeva tapaos los ojos
¡Y va en cueros!

CONCHA. ¡Qué simpleza!

¡Vaya una definicion!

ANDRES. No le paese á usted güena?
Busquemos otra: el amor...
miste, no hay que dale güertas,
el amor es un afeuto
que se siente y no se expresa.

CONCHA. Y de qué modo el amor
se da á conocer?

ANDRES. (¡Aprieta!)
Por medio de un *triquitraqe*,
que va el corason que vuela.

CONCHA. Es decir que el corazon (Observa el suyo.)
late con mucha violencia?

ANDRES. Cabal: á escape tendio.

CONCHA. Has amado tú?

ANDRES. ¡Canela!
Pos si tengo yo en mi pecho
mas fuego que una caldera
de vapor!

CONCHA. Cómo se llama?...

ANDRES. Eya?... Inés: una donseya
que está sirviendo en la casa
de un particulá: morena;
tiene un *taye* como un junco,
y unas *faisiones*... de sera:
con unos ojos mas grandes
que la Alhambra; cosa güena!

CONCHA. Y ella, te quiere?

ANDRES. Pos no!
Tengo de su cabeyera
un riso, con mas perfumes
que un altar por la cuaresma.

CONCHA. Y cuándo os hablais?

ANDRES. No sale
mas que los dias de fiesta.
Pero eso no importa ná,
porque, entendiendo de *letras*,

como entendemos los dos,
nos escribimos, y... esétera.

CONCHA. Segun eso, los amantes
se escriben tambien?

ANDRES. Por fuersa:
cuando no se ven...

CONCHA. Y qué
se dicen?

ANDRES. Cosas mu tiernas:
aquí yevo yo una carta
que he escrito...

CONCHA. Quieres leerla?

ANDRES. Pero señorita!...

CONCHA. Vamos,
Andrés!

ANDRES. Si usted lo desea...

CONCHA. Te lo suplico.

ANDRES. Corriente:
pos dise... de esta manera:
ensima hay un corason
pasao con una flecha. (Enseñándoselo.)

CONCHA. Hecho con sangre!

ANDRES. Cabal:
pero es sangre de las muelas.
Dise: «Mi mu estimá,
queria y ardiente...» esétera.
Mas abajo hay una crú:
esta es con tinta.

CONCHA. Ya veo:

ANDRES. «M'alegraré de que tú
»tencuentres con la salú
»cabal que pá mí deseo.
»Sabrás como en este mes
»nos hemos visto mu poco,
»y estamos á veintitres;
»conque, no hagamos el coco,
»y déjate ver, Inés.
»Sin tí m'encuentro en caenas,
»como si fuera un cautivo;
»y son tan negras mis penas
»que, pá escribirte, t'escribo
»con la sangre de mis venas.

»Si un dia te hise en la cuadra
»promesas y votos tiernos,
»yo no soy perro que ladra:
»al hombre por la palabra,
»y á los toros por los cuernos.
»Y pos tal mi pasion es,
»ya ves, Inés, que no es justo
»que injusta conmigo estés;
»sé justa, dándome gusto,
»y déjate ver, Inés.
»Que trabajes con caló
»seis dias seguidos, bien;
»que Dios tambien trabajó;
»mas si al sétimo escansó,
»escansa, Inés, tú tambien.
»Y si con mala intension
»ese amo, que yo mardigo,
»te dise, *pega un boton*,
»le pegas un coscorron
»y vente luego conmigo.
»Si te despie, otro al canto;
»tú vales un Potosí...
»y sobre er difunto er yanto:
»no sirvas al amo tanto,
»que no sirvas ya pá mi.
»Conque adios, cuerpo salao;
»si miras por tu interés,
»anda con mucho cuidiao:
»ya sabes que está chalao
»por ese palmito—Andrés.—

CONCHA. El estilo es elocuente. (Sonriendo.)

ANDRES. L'ha gustao á usté?

CONCHA. Sí á fé;

y mil gracias.

ANDRES. No hay por qué.

S'ofrese más?

CONCHA. No.

ANDRES. Corriente.

CONCHA. Si otra vez te necesito...

ANDRES. Ya! (Maliciosamente.)

CONCHA. Por qué ries?

ANDRES. Por ná.

CONCHA. Vete.

ANDRES. (Milagro será
que la prima y el primito...) (Váase foro.)

ESCENA VI.

CONCHA.

Habré al fin de convenir
en que tienen razon? Todos,
aunque por diversos modos,
vienen lo mismo á decir.
Porque, si mal no colijo,
lo que ahora dice Andrés
igual en la esencia es
á lo que Ricardo dijo.
Y no ha de ver mi existencia
los goces de esa pasion?
(Observa con la mano los latidos del corazon.)
¡Ay! mi pobre corazon
nunca late con violencia!
Sintiendo voy su retardo,
y es probable que me ajuste...
Pero si no hay quien me guste...
Como no sea Ricardo!
Él es atento y galante,
y no dudo que me estima;
pero si yo soy su prima,
no puede ser él mi amante!
(Vuelve á su labor.)

ESCENA VII.

CONCHA y LUIS.

LUIS. (Sí, Julia tiene razon:
en esta lucha constante
en que me agito, el semblante
vende siempre al corazon.
Vano es que fingir intente
una calma que no siento;
vano, sí, que mi tormento

está grabado en mi frente.
Este recuerdo fatal,
que vive siempre conmigo,
es el terrible enemigo
de mi dicha conyugal.)

CONCHA. Luis! (Reparando en él.)

LUIS. Ah! eres tú?

CONCHA. Pues no!

LUIS. No sabia...

CONCHA. Te incomodo?

LUIS. Qué dices? De ningun modo.
Y Ricardo?

(Apoyándose en el respaldo de la silla de Concha.)

CONCHA. Ya marchó.

LUIS. Eso no tiene disculpa:
dejarte sola!

CONCHA. Tenia
que salir.

LUIS. Apostaria
que es tuya toda la culpa.

CONCHA. De que haya salido?

LUIS. Justo;
quizás él de amor te hablara,
y como tú eras tan rara...

CONCHA. No, Luis; si ya no me asusto.

LUIS. Que no te asustas?

CONCHA. No tal;
escúchame. (Deja la labor y se levanta.)

LUIS. Va de cuento?

CONCHA. Amor es... un sentimiento
puro, grande, colosal!
fuente que mana virtudes;
flor de purísima esencia;
dicha que la Providencia...

LUIS. Chica, chica!

CONCHA. No lo dudes;
ninguno que amor no siente
puede ser bueno.

LUIS. Qué extremos!

CONCHA. Dios ordena que le amemos;
ya ves tú.

LUIS. Perfectamente.

Y quién te ha explicado á tí?...

CONCHA. Ricardo, que es muy galante.

LUIS. Conque Ricardo! (Tunantel)

CONCHA. Qué, no ha dicho verdad?

LUIS. Sí;

si Ricardo nunca miente.

CONCHA. Quisiera sentir amor,
solo por saber mejor
la verdad prácticamente.

LUIS. Hola! pues ese deseo
puede ser realizado;
hay un jóven á tu lado,
que tal vez...

CONCHA. Yo no le veo.

LUIS. Ricardo.

CONCHA. Sí?

LUIS. Sí: tambien
sus deseos se le pasan...

CONCHA. Dime, los primos se casan?

LUIS. Los primos? no sabes bien;
lazos de esa condicion
son hoy los mas repetidos:
de cada quince maridos,
los catorce... primos son.
Así, no pongas reparo;
si Ricardo te conviene...

CONCHA. Falta saber si él se aviene
á quererme.

LUIS. Pues es claro;
sí, será tu adorador.

CONCHA. Mucho me holgara á fé mia;
al menos así sabria
de una vez lo que es amor.

LUIS. Verás como te acomodas
á sus placeres.

CONCHA. Quizás...
por curiosidad no mas.

LUIS. Ya! por lo mismo que todas.
Mas si tú quieres seguir
mi consejo, no te apures:
piénsalo, y cuando madures
tu plan podrás decidir.

No es el matrimonio eden,
do solo el placer se anida;
en esa senda florida
hay sus abrojos tambien.

CONCHA. Entonces, por qué me dices
que el matrimonio es regalo?

LUIS. Es que, por cada uno malo,
hay veinticinco felices.
Si el matrimonio es nacido
de una pasion verdadera,
tarde el reposo se altera
por el amor sostenido;
mas cuando solo es el fruto
de un plan meditado ya,
la felicidad se va,
dejando su plaza al luto.

CONCHA. De tal proceder, justo es
que nazcan mil sinsabores.

LUIS. Los matrimonios peores
son los que hace el interés.
Conservo yo en la memoria
un ejemplo harto fatal.

CONCHA. Vas á hacerme un favor?

LUIS. Cuál?

CONCHA. El de contarme esa historia.

LUIS. Es secreta; mas si estás
curiosa, satisfaré
tu deseo; contaré
otra que te agrade mas.

CONCHA. Admito.

LUIS. La de una flor;
la historia do un pobre lirio,
que sufrió horrendo martirio,
sacrificando su amor
al egoista interés
de una aleve mariposa.

CONCHA. Y qué le pasó?

LUIS. No es cosa!

Vas á saberlo.

CONCHA. Habla, pues.

LUIS. Ya que el amor no te asusta...

CONCHA. Ea! siéntate á mi lado

- y empieza. (Se sientan.)
LUIS. Ya estoy sentado;
escúchame.
CONCHA. Así me gusta.
LUIS. Burlando la picardía
de un niño, que con pueril
empeño la perseguía,
dió una mariposa un día
en un florido pensil.
En pos de amparo y reposo,
contó á un lirio sus congojas
con acento doloroso;
el lirio fué generoso
y la ocultó entre sus hojas.
Llega el muchacho rendido,
y en tanto se maravilla
de haber su huella perdido,
la mariposa... (Suena la campanilla.) Has oído?
CONCHA. Si; maldita campanilla!
LUIS. Lo dejaremos así.
CONCHA. Ahora que iba tan bien!
Ven, continuarás allí.
LUIS. Y si preguntan por mí?
CONCHA. Ya te lo avisarán: ven.
(Váase por la primera puerta derecha.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE y ANDRÉS.

ENRIQUE. Dónde están?

ANDRÉS. Ahora veré,
voy á avisar la yegada...

ENRIQUE. Es diligencia excusada...

(Viendo á Julia llegar.)

Señora, á los pies de usted. (Váase Andrés.)

ESCENA IX.

JULIA y ENRIQUE.

JULIA. Ah! no estaba usted perdido!
(Tendiéndole la mano.)

ENRIQUE. Pido á ustedes mil perdones,
si urgentes ocupaciones,
y graves, me han impedido
venir ayer: en conciencia,
bien su perdon he ganado,
porque llevé en el pecado
la mas dura penitencia.

JULIA. Yo tanta amistad aprecio...

ENRIQUE. Oh! no es amistad lo que...

JULIA. Pero se está usted de pié? (Interrumpiéndole.)

ENRIQUE. (Siempre esquivando!)

JULIA. (Siempre necio!)

(Se sientan.)

ENRIQUE. Mis negocios son, quizás,
causa de que hayan creído
ustedes que ya me olvido
de los amigos.

JULIA. Jamás:
la buena intencion resalta
en usted, y ella le abona.

ENRIQUE. Es decir, que me perdona?

JULIA. Qué hacer, si no ha habido falta?

ENRIQUE. Gracias: usted nunca escasa
cuando concede merced.

JULIA. Enrique, me adula usted!

ENRIQUE. Pongo su mérito en tasa.
Lástima que Luis no entienda...
por dónde anda?

JULIA. En el despacho.

ENRIQUE. No lo dije? Ese muchacho
es incapaz de la enmienda:
merece ser castigado
con rigor.

JULIA. Por qué delito?

ENRIQUE. Por cuál? Por el inaudito

de no encontrarse á su lado.
Nunca le hallo en su presencia:
y aunque usted le absuelva de eso,
yo creo que es un exceso
de punible indiferencia.
Así el cariño se enfria...

JULIA. Le juzga usted con rigor;
yo estoy cierta de su amor.

ENRIQUE. Pues otra no lo estaria.
Usted se merece mas:
usted merece un esposo
dócil, tierno y cariñoso,
que no la olvide jamás;
que lleno de amante fé
en esos ojos se mire;
un hombre, en fin, que no aspire
mas que á la dicha de usted.

JULIA. Y quién dijo á usted que yo
no sea con Luis dichosa?

ENRIQUE. Creo...

JULIA. Al hacerme su esposa,
harta dicha me otorgó.
Huérfana yo, presumir
no podía un bien tan grato.

ENRIQUE. Fué de su padre un mandato...

JULIA. Que él se apresuró á cumplir.

(Ofendida y con dignidad.)

Enrique, á qué continuar
discusion tan enojosa?
tratemos... de cualquier cosa,
y deje usted á Luis obrar.
Es usted algo cruel.

ENRIQUE. Porque el bien de usted anhelo.

JULIA. Pues calme ya su recelo,
que soy muy feliz con él.
Qué me falta?

ENRIQUE. Que jamás
turbe su dicha un quebranto:
que no ame usted á Luis tanto
para que él la quiera mas.

JULIA. Muy bien: doctrina aprobada,
que con frecuencia se aplica;

pero que nunca practica
la que se precia de honrada.
Qué mujer se juzga exenta
de querer á su marido?
Porque él haya delinquido
debe ella doblar su afrenta?
Sin razon, y aun con razon,
la que tal proceder usa,
no busca amor, sino excusa
con que cubrir su baldon.
¡Así el crimen se disfraza!

ENRIQUE. Es cierto; mas temo que
un día recurra usted
al sistema que hoy rechaza.

JULIA. ¡Cómo!

ENRIQUE. Si una voz amiga
le avisa que, extraviado,
Luis su deber ha olvidado?...

JULIA. Y quién habrá que tal diga?

ENRIQUE. Quien el bien de usted aprecie.

JULIA. Mi bien! Pues qué, por ventura
cree usted que se asegura
con noticias de esa especie?
En fin, Enrique, yo quiero
á Luis... con idolatria;
mas si él olvidase un día
su deber, que no lo espero,
y algun amigo... oficioso
tal cosa me noticiara,
seguro que á ese le odiara;
pero jamás á mi esposo!

ENRIQUE. Si usted interpreta así
estas cosas, no replico;
mas algun día...

ESCENA X.

DICHOS, CONCHA Y LUIS.

LUIS. ¡Hola, chico!

ENRIQUE. Adios.
(Dando la mano á Concha y abrazando á Luis.)

- LUIS. Qué ha sido de tí?
- JULIA. (¡Con su candidez me exalta!)
- ENRIQUE. En negocios ocupado...
- LUIS. Julia y yo te hemos echado algunos ratos en falta.
- ENRIQUE. ¡Julia!
- LUIS. No, tienes razon:
he hablado sin saber
qué decia: mi mujer
te tiene poca aficion.
- JULIA. Luis, calla por Dios!
- ENRIQUE. Qué oí?
- LUIS. La causa no acierto, pues.
Voy á explicártela; es
que está celosa de tí.
- ENRIQUE. Celosa?
- LUIS. Lo que has oido:
por tí llevo, segun cuenta,
una vida turbulenta
é impropia de un buen marido.
Dice que, ausente y gozando
de los placeres sin tasa,
me olvido de que ella en casa
está mi ausencia llorando.
Que voy mucho á las *carreras*,
que no salgo del café,
qué sé yo?
- ENRIQUE. En eso se ve
que te quiere muy de veras.
- LUIS. Cierto: y mi cariño crece
á cada nueva rencilla.
- ENRIQUE. Tanto amor me maravilla.
(Á Julia con intencion.)
- JULIA. Pues todo se lo merece.
- LUIS. Gracias, alma mia. Chico,
á tí no se te ocurrió
pensar en casarte?
- ENRIQUE. No.
- LUIS. Es un bocado tan rico
el matrimonio!
- ENRIQUE. Ya veo;
mas permite que te arguya:

mujeres como la tuya
andan escasas.

LUIS. Yo creo
que no está el sexo tan mal
como se quiere hacer ver:
el quid está en escoger.

ENRIQUE. Si yo encontrase una igual...
Qué opina usted, Julia?

JULIA. Oh!
Entre esos dos pareceres,
opino que hay mil mujeres
de mas estima que yo.

ENRIQUE. Eso no.

LUIS. Ya estás oyendo:
no hay nada como casarse.
Así empieza á conformarse
Conchita.

JULIA. ¿Qué estás diciendo?

ENRIQUE. Calle!

JULIA. Tal transformacion,
es cierta, Conchita?

CONCHA. Sí.

JULIA. Pues vamos: cuéntame aquí
cómo fué tu conversion.

(Julia y Concha se sientan y figuran hablar: Luis y
Enrique se retiran al lado opuesto.)

ENRIQUE. Traigo noticias felices.

LUIS. Cuáles? Dilas al instante.

ENRIQUE. Amelia, tu antigua amante,
ha vuelto á Madrid.

LUIS. Qué dices?
Acaso nuevas desgracias
la persiguen?

ENRIQUE. No hay tal cosa:
hoy es dichosa.

LUIS. Dichosa?
¡Oh! gracias, Enrique, gracias.
Tú no sabes el placer
que presta á mi corazon
tan grata revelacion;
no lo puedes comprender.
Yo, creyéndola infeliz,

de tanto mal me juzgaba
autor, y esto me arrancaba
el corazon de raiz.
Cuántas veces, mis enojos
luchando por ocultar,
sentí con pena brotar
una lágrima en mis ojos!
Cuántas, en llanto deshecho,
al impulso irresistible
de una pesadilla horrible,
tuve que dejar el lecho!

ENRIQUE. Ya tus penas enemigas
puedes trocar en placeres:
Amelia vino; y si quieres
visitarla...

LUIS. No prosigas.
Mira qué dulce quietud (Por Julia.)
está esa faz respirando:
no: sería en mí nefando
delito de ingratitud.
Y aunque en daño mio arguya
mi virtud, ya agonizante,
siempre tendré la bastante
para respetar la suya.

ENRIQUE. Mas...

LUIS. Calla; que mi mujer
no se entere. Te suplico
la mayor reserva.

ENRIQUE. Chico:
por mí no lo ha de saber.
(Aun no es ocasion!)

JULIA. Me agrada
verte convertida ya.

ENRIQUE. Conque usted, Conchita, está?...
(Acercándose.)

JULIA. Completamente cambiada.

CONCHA. Por daros gusto á vosotros
mis inclinaciones tuerzo.

JULIA. Por darnos gusto? (Maliciosamente.)

ESCENA XI.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRES. (Desde el foro.) El almuerzo.

LUIS. Almorzarás con nosotros.

ENRIQUE. Hombre...

LUIS. Disculpas no admito.

ENRIQUE. Si tanto tu empeño es,
me quedaré.

LUIS. Bien: Andrés?

(Se disponen todos á irse.)

Ha vuelto ya el señorito?

ANDRES. Dijo que acaso vendria
algo mas tarde á almorzar.

ENRIQUE. Yo le acabo de encontrar.

CONCHA. Eso es una picardia!

(Sentándose con disgusto.)

JULIA. Cierto, muy mala pasada:
pero ya, cómo se evita?
Vamos?

LUIS. En marcha.

JULIA. Conchita,
qué haces ahí tan sentada?

CONCHA. Estoy tan inapetente!...
Idos; aquí esperaré.

JULIA. Te sientes mala?

CONCHA. No sé...

LUIS. No seas impertinente.

CONCHA. Pero... si he de molestaros:
me encuentro con un esplin!...

JULIA. Ya está aquí Ricardo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RICARDO.

CONCHA. (Levantándose de pronto con alegría.) En fin,
iré... por acompañaros.

JULIA. (Pues es un grano de anís!)

RICARDO. Adios.

LUIS. Vamos, hombre!

RICARDO. (Ofrece el brazo á Concha.) Ahora.

CONCHA. Mil gracias. (Tomándolo.)

LUIS. (Bravo!)

ENRIQUE. Señora!...

(Ofrece el suyo á Julia, que acepta con marcada
violencia.)

JULIA. (Qué le habrá contado á Luis!...)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion del anterior. Concha y Ricardo, sentados junto al velador de la izquierda, hojean un album; Julia próxima á ellos: Luis sentado en el sofá del lado opuesto, y Enrique de pié apoyado en el respaldo del sofá.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, CONCHA, LUIS, ENRIQUE y RICARDO.

- CONCHA. Qué delicioso paisaje!
Míralo, Julia.
- JULIA. Verdad.
- CONCHA. Parece que se respira
su ambiente.
- LUIS. Quieres fumar?
(Ofrece cigarros á Enrique.)
- ENRIQUE. Venga.—Vamos, ten valor (En voz baja.)
ó vas á hacer, voto á tall
que sospeche tu mujer.
- LUIS. Enrique, no puedo más:
si tú supieras!...
- ENRIQUE. Despues
hablaremos: basta ya.
- JULIA. Enrique, por qué está usted
tan lejos? Véngase acá.

ENRIQUE. Usted desea?... (Con satisfaccion.)

JULIA. Qué vea (Interrumpiéndole.)
este paisaje.

ENRIQUE. No mas?

JULIA. No es usted aficionado
á la pintura?

CONCHA. Mirad!

RICARDO. Una pastorcita!

JULIA. Á ver.

(Toma el album: Enrique se coloca de pie á su
lado.)

Es muy linda.

CONCHA. Angelical!

ENRIQUE. Encantadora zagala!

JULIA. No he visto belleza tan
peregrina.

ENRIQUE. Ó al espejo
usted no se vió jamás,
ó para usted el espejo
tiene embustero cristal.

JULIA. Qué dice usted? (Con forzada naturalidad.)

ENRIQUE. Que me pasma

oirle así celebrar
ese rostro, cuando el suyo
no reconoce rival.

JULIA. Veamos: usted que es (Desentendiéndose.)
aficionado, qué tal
este retrato?

ENRIQUE. Admirable!

y quién es esta beldad?

JULIA. Una amiga y compañera
de colegio.

LUIS. (Sin levantarse.) Dame acá:
cómo no me habias dicho?...

JULIA. Me lo acaba de enviar.

ENRIQUE. Mira. (Llevándole el album.)

LUIS. Cielos!

ENRIQUE. Qué sucede?

JULIA. Luis!

LUIS. Nada... no es nada ya.
Como no la conocia,
así... al pronto... es natural,

me ha sorprendido... Y es esta
tu amiguita?...

JULIA. Trinidad.

LUIS. Muy graciosa.

ENRIQUE. Y bella.

JULIA. Sí.

(Ese asombro!)

LUIS. (¡Es singular!)

Has visto qué semejanza? (Bajo á Enrique.)

ENRIQUE. Con quién?

LUIS. Con Amelia.

ENRIQUE. Bah!

JULIA. (Algun recuerdo le asalta!)

LUIS. (Es un parecido tal!...) (Pausa.)

JULIA. Pero, Luis, qué haces ahí?...

LUIS. Ya lo estás viendo; hojear...

CONCHA. Ese siempre tan arisco:
está acostumbrado ya
á que le mimen y á hacer
su bendita voluntad!
Pues si yo fuera que tú!...

LUIS. Qué harías?

CONCHA. Dejarte en paz.

LUIS. Oiga! (Dejando el album.)

JULIA. Conchita!

CONCHA. Yo no
iría, hecha un azacan,
todo el día tras de tí,
como Julia: *¿por qué estás
triste? Qué te ha sucedido?
Te sientes malo quizá?*
Aunque se me alcanza poco
del estado conyugal,
sé muy bien que á la mujer
la debe considerar
el marido, y no mirarla
como si fuera un costal.

LUIS. Niña, cualquiera que te oiga
se podría imaginar
que yo soy un tiranuelo,
un déspota.

JULIA. Y no es verdad. (Con cariño.)

ENRIQUE. Pues yo, sin dudar por esto de la doméstica paz que ustedes gozan, y hablando solo en tésis general, soy también de la opinión de Conchita.

LUIS. Perillan!

ENRIQUE. Cuando el esposo, y repito que no te aludo, es de tal condición que, en lugar de compartir con su mitad la vida, como Dios manda, deja del tranquilo hogar los goces, y de sus actos no la da cuenta jamás, ella, en vez de sufrir, debe pagarle en moneda igual, sin que se tome siquiera la pena de averiguar de dónde viene, si llega, ni, si sale, á dónde va.

CONCHA. Tiene razón.

JULIA. No, Enrique; esas máximas serán oportunas para aquellas mujeres que no ven más, en el matrimonio que... un negocio comercial; y que, en su desmesurada ambición de medro, dan ó venden su mano al hombre que más la paga.

RICARDO. Es verdad.

JULIA. Pero la mujer honrada, que sabe sacrificar el interés al honor, y al amor la vanidad; la que tiene la conciencia de su deber; la que está en todo identificada con su esposo, debe ansiar conocer los pormenores

de su vida, y en su mal,
como en su bien, ella debe
activa parte tomar;
que de uno y otro, á la esposa
corresponde la mitad.

RICARDO. Muy bien!

JULIA. Y esto no es alarde
de una severa moral,
ni creo que por lo dicho
usted me apellidará
mojigata; no lo soy:
egoista... puede. Allá,
en el fondo de su pecho,
el hombre más criminal
guarda á lo menos un rayo
de fé: la dificultad
está en dar con el resorte
que le oculta; si se da,
de aquella alma extraviada
vuelve la luz á brillar,
y aun es fácil separarle
de la carrera del mal;
así, pues, por egoismo,
la mujer debe buscar
el resorte, si se encuentra
en ese caso especial,
sin emplear la violencia,
con dulzura, con bondad.
Amor engendra cariño,
dicen; y eso de pagar
el desden con el desden,
sobre malo, es viejo ya.

CONCHA. (Tonta!)

LUIS. Muy bien dicho.

RICARDO. Bravo!

yo soy de opinion igual
á la suya. El refran dice
que con miel se caza mas
que con hiel.

ENRIQUE. Ya; si se trata
de quien se deje cazar,
no niego que tiene mucho

de verídico el refrán;
pero no faltan maridos
que, viéndose hastiados ya
de mujer...

JULIA. (Infame!)

ENRIQUE. Quieren
la mas amplia libertad;
en esos nada hace mella.

CONCHA. Basta; vámonos á dar
un paseo en el jardin.
Te parece, Julia?

RICARDO. Ajá!
por mí, lo acepto.

JULIA. No puedo.
Yo tengo que trabajar.
Idos vosotros.

CONCHA. Y ustedes? (Á Luis y Enrique.)

JULIA. Estos señores querrán
quedarse aquí.

LUIS. Sí, tenemos
asuntos...

JULIA. Privados? ya!
Pues buen acierto, y adios.

CONCHA. Llevaré el album y harás (Á Ricardo.)
unos versos.

RICARDO. Si está lleno
de retratos.

CONCHA. Qué mas da?
No tienen huecos al pie?
Pues tú los puedes llenar
todos ellos.

RICARDO. Como gustes.

CONCHA. En marcha. (Vánse con el album por el foro.)

JULIA. (Qué tratarán?)
(Váse primera puerta izquierda.)

ESCENA II.

LUIS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Sucedió lo que temí.

LUIS. Qué?

- ENRIQUE. Que has hecho sospechar
á Julia.
- LUIS. Imposible!
- ENRIQUE. Digo!
con ese gesto de agrad...
- LUIS. Qué quieres? •
- ENRIQUE. Quiero que finjas.
No sabes disimular?
- LUIS. El alma sufre, y del alma
está el retrato en la faz.
- ENRIQUE. Pero, en fin, qué es lo que ahora
puede ocasionar tu mal?
- LUIS. Mi conciencia!
- ENRIQUE. Buen escrúpulo!
Capaz eres de pensar...
- LUIS. Que Amelia es hoy infeliz
por causa mia!
- ENRIQUE. (Bien va!)
Aunque tal sea, en tu mano
está acaso remediar
su desventura.
- LUIS. La honra
no se recobra jamás.
- ENRIQUE. Pues qué, Amelia?...
De esa historia
solo sabes la mitad:
oye el resto y compadéceme:
ya es imposible ocultar
por mas tiempo este secreto,
origen de tanto mal.
Una noche, asaz oscura,
tras de larga caceria,
iba yo con faz sombría
perdido en Extremadura:
oia el trueno zumbar
con estrépito horroroso,
y entre impaciente y medroso,
hasta llegué á blasfemar.
De un relámpago á la luz
miré una cruz; seguí quedo,
me aproximé... tuve miedo,
y saludé á aquella cruz.

Un trueno horrible siguió
al relámpago pasado;
y mi caballo, espantado,
á la carrera salió.
Sujetarlo presumí,
que el animal era noble;
pero choqué con un roble,
y herido al suelo caí.
Sobre la tierra me alcé
dejándola en sangre tinta,
y hácia una vecina quinta
mis pasos encaminé.
Llegué estenuado, rendido,
con la herida siempre abierta;
llamé, franquearon la puerta,
y al entrar perdí el sentido.
No ví mas: poco despues
me hallé en un lecho, vendado,
con una mujer al lado
y un buen anciano á los pies.
El anciano proeuraba
mitigar mi triste suerte,
y la mujer, menos fuerte,
lloraba, Enrique, ¡loraba!
Al contemplarla, sentí
cierto misterioso encanto:
era Amelia, y aquel llanto
que vertia... era por mí!
No sé qué extraña emoción
vino á reanimar mi vida:
al fin curé de la herida,
y enfermé del corazón.
Amelia me trasportaba
con su amor al paraíso,
cuando supe de improviso
que mi buen padre espiraba.
Vine á la córte veloz
lleno de inquietud el pecho,
y al verme junto á su lecho
me dijo con débil voz.
«Voy á morir, ya lo ves:
»pero antes de abandonarte,

»deseo recomendarte
»á Julia con interés.
»Juntos ha tiempo vivís,
»es tan pura como hermosa,
»y huérfana: hazla dichosa
»y Dios os bendiga, Luis.»
Quise á sus plantas, de hinojos
revelarle mi agonía,
mas ¡ay! mi padre ya habia
cerrado al mundo los ojos!
Dentro del alma escondí
mi desdichada pasión,
y estrujando el corazón,
á Julia mi mano di.

ENRIQUE. Pero amor tambien se trunca,
y al tuyo pondrias dique.

LUIS. Al amor tal vez, Enrique,
pero á su recuerdo, nunca.
Yo con amantes antojos
la hiel de un amor traidor
inoculé sin rubor
en sus puros labios rojos.
Yo quebré el limpio fanal
de su honor villanamente,
y hollé de su alma inocente
la pureza virginal!
Y de tanto mal culpable,
¿cómo es posible que abdique?...
¡ay! compadéceme, Enrique,
¡soy un vil, un miserable! (Pausa.)

ENRIQUE. Pero Amelia se informó
sin duda?...

LUIS. Enterada bien
de todo, no sé por quién
ni cómo, de España huyó.

ENRIQUE. Y no has logrado despues?...

LUIS. Nada: si posible fuera
que hoy su perdon obtuviera,
me arrojaria á sus pies;
mas...

ENRIQUE. Quién sabe?... Tal vez luego...
En fin, aunque poco valgo,

- no dudo que Amelia en algo me aprecia, y si yo le ruego...
- LUIS.** Tal ventura no imagino.
- ENRIQUE.** Pues si lo quieres probar, yo procuraré explorar su ánimo, con cierto tino. Si encuentro que su opinion es favorable... avanzamos...
- LUIS.** Sí, vamos, Enrique vamos: necesito su perdon. No parte mañana?
- ENRIQUE.** Sí: mas si ahora te conviene...
- LUIS.** Vamos... ¡ah!... (Deteniéndose.)
- ENRIQUE.** Qué te detiene?
- LUIS.** Julia!...
- ENRIQUE.** Qué hay de malo aquí?
(Con naturalidad: Luis lucha consigo mismo breves momentos, y al fin se decide.)
- LUIS.** Tienes razon.
- ENRIQUE.** En un brinco....
- LUIS.** (Necio el temor que me asalta! Voy á expiar una falta, y aun parece que delinco!)
Aguarda.
- ENRIQUE.** (Caiste al fin!)
- LUIS.** Tengo que escribir primero unas cartas. (Váse primera puerta derecha.)
- ENRIQUE.** Bien: te espero entre tanto en el jardin.

ESCENA III.

ENRIQUE. luego **ANDRÉS.**

- ENRIQUE.** Ya tragó todo el anzuelo!
Esta carta que hice á Amelia escribir, asegurándole que Julia se encuentra fuera de Madrid, pondrá en mis manos la victoria: usemos de ella. (Toca su timbre.)
Mientras entretengo á Luis

por esas calles, Amelia
vendrá, se verá con Julia
y...

ANDRES. Yama usted?

ENRIQUE. Buena pieza!

Qué hacías?

ANDRES. Perdone usted.

Andaba por ayá fuera...
ocupao...

ENRIQUE. En perseguir
como siempre á la doncella:
eh?

ANDRES. Quiá, no señor.

ENRIQUE. Me gustas

(Acariciándole el hombro familiarmente.)
por lo tunante.

ANDRES. De veras?

ENRIQUE. Pero vamos á otra cosa.

ANDRES. Usted mandará.

ENRIQUE. Quisiera
que entregaras esta carta,
sin decir por dónde llega,
á la señorita...

ANDRES. Concha?

ENRIQUE. Julia.

ANDRES. Cómo?

ENRIQUE. Qué te altera?

ANDRES. Á la señora?...

ENRIQUE. Cabal.

(Este bergante sospecha.)

La carta es para tu amo.

ANDRES. Eso ya es cosa diversa:
se la daré al señorito.

ENRIQUE. Hombre, no seas babieca,
y concluyamos. Primero
es preciso que la lea
tu señora.

ANDRES. Ya comprendo:
usted querrá que sorprenda
luego al señorito...

ENRIQUE. Justo.

Conque lo harás?

ANDRES. De carrera.
ENRIQUE. Reservado.
ANDRES. Por supuesto.
ENRIQUE. Qué hora es?
ANDRES. Las dose y media.
ENRIQUE. Cabalmente.
(Mira el reloj y deja caer con disimulo una moneda
que coge Andrés, y le devuelve.)
Guárdala.
ANDRES. Eh?
ENRIQUE. Que la guardes.
ANDRES. (Receloso.) (Canela!)
Muchas gracias.
ENRIQUE. Fio en tí.
ANDRES. Descuide usted.
ENRIQUE. Con reserva. (Váse foro.)

ESCENA IV.

ANDRÉS.

Pues señor, aquí hay intrínquilis,
y gordo! Tengo sospechas
de que don Enrique busca...
Si yo averiguar pudiera
lo que contiene esta carta!...
Voy á ver si se clarea.
(Intentando leer á través del sobre.)
Aquí leo: «soy... su... suma...»
Es *suma!*... á ver lo que *resta*.
«Soy suma...» no veo bien:
«soy suma... su madre...» arrea!
ya multiplica: á este paso
pronto acaba l'aritmética.
Su madre!... y quién es su madre?
tal vez don Enrique?... bestia!
si don Enrique es un macho
mas grande qu'una carreta.
Y á mí, por qué m'habrá dao
esto? Si querrá que sea
su... malo! estaré á la mira,
y si veo que s'engresca

algo, canto claro; y que
salga el sol por Antequera. (Váse.)

ESCENA V.

CONCHA y RICARDO, luego JULIA.

CONCHA. Voy á que Julia los lea. (Con el album.)

¿Julia? (Llamando con satisfaccion.)

RICARDO. Si eso nada vale:

prima, por Dios!

CONCHA. Ella sale:

tengo empeño en que los vea.

JULIA. Y Luis, ha vuelto á partir?

CONCHA. Creo que se está arreglando.

Enrique le está esperando

en el jardin: va á salir.

(Gesto de disgusto en Julia. Concha continúa sin poder dominar su alegría.)

Dí, no sabes?

JULIA. Qué arrebatos!

CONCHA. No extrañes si no reprimo...

me ha hecho unos versos mi primo,

aludiendo á estos retratos.

JULIA. Y de eso te maravillas?

Yo ya sé...

RICARDO. No valen nada.

JULIA. Eso es modestia extremada:

dame... (Disponiéndose á leerlos.)

RICARDO. No. (Queriendo evitarlo.)

CONCHA. (Dándole el album.) Lee.

JULIA. «Quintillas.»

(Mientras Julia lee, Concha va señalando con el dedo algunos retratos, á los que se supone aluden las palabras subrayadas.)

«Tu serrano continente

»mi dulce reposo troncha:

»Concha, si me oyes clemente,

»y premias mi amor ardiente,

»verás qué pareja, Concha.

»En Salamanca, mi estrella

»hízome ver tu tez blanca,

»y quedé cautivo en ella;
»que eres, Concha, la más bella
»que ha pisado *Salamanca*.

»El que te vé, *mira flores*;
»que á tus mejillas hermosas
»prestó el *alba* sus primores,
»y aromas, luz y colores,
»los *campos, rios y rosas*.

»Ante el cristal de tus ojos,
»es *modesto el de la fuente*;
»y, das al ave sonrojos
»cuando cantas con enojos
»en el *campo, amor* doliente.

»Por eso, Concha, me encantas
»y el alma en gozo se anega,
»mirando bellezas tantas;
»que haces, si en la vega cantas,
»la *ventura de la vega*.

»Loco estoy des que te ví;
»y es mi pasión tan *leal*,
»que trocara por un sí
»de tus labios de *rubi*,
»la plaza de *cardenal*.

»No seas pues tan *remisa*,
»ni escuches riendo ingrata
»mi amor, que en locura frisa,
»porque mata tu sonrisa
»mas séres que un *doctor mata*.

»Y será, por Dios, cruel
»que, por tratar tú con hiel
»al triste que por tí goza,
»halle yo *posada* en el
»hospital de *Zaragoma*.

»Da, Concha, á mi amor sincero
»un rayo de amante luz:
»y *manso*, cual un *cordero*,
»te juro por *caballero*,
»cargar con la *santa cruz*.»

CONCHA. Qué tal?

JULIA. Admirablemente.

RICARDO. ¡Julia!

JULIA. Repito lo dicho.

CONCHA. Verdad que sí?
RICARDO. Fué un capricho
de Concha...
JULIA. Y tú complaciente,
no te has hecho de rogar.
CONCHA. Ha condescendido al punto.
JULIA. Y le has dado tú el asunto
de que debia tratar? (Con malicia.)
RICARDO. Prima!
CONCHA. (Con inocencia.) Fué de su invencion.
JULIA. Peregrina idea ha sido.
CONCHA. De veras?
JULIA. Sí, que ha tenido
mucho gusto en la eleccion.
CONCHA. Lo escuchas? Tambien le agrada.
JULIA. Y con razon: mas dejemos
esto: sabes que tenemos
que trabajar?
CONCHA. Sí; no es nada:
un mero entretenimiento.
JULIA. No tanto.
CONCHA. Entre dos mujeres...
JULIA. Si una no trabaja...
CONCHA. Eres
pesada! Voy al momento.
(Váse Julia por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VI.

CONCHA y RICARDO.

CONCHA. Lo ves como tambien ella
celebra tu obra?... lo ves?
RICARDO. Me hace favor.
CONCHA. No; que es
la improvisacion muy bella.
Si yo ya te lo decia.
RICARDO. Bien, Concha, basta.
CONCHA. ¿Qué advierto!
Di: te enojas?
RICARDO. No por cierto.
No me enojo, prima mia;

mas te declaro en conciencia
que siento verte fijarte
en la forma, sin cuidarte,
á mi pesar, de la esencia.

CONCHA. No te comprendo.

RICARDO. El placer
que halla tu oído en la rima,
no me lo agradezcas, prima:
yo no pensé entretener
tan solo á tu oído, no.
Fué tal vez una locura;
pero otra mayor ventura
es la que mi pluma ansió.

CONCHA. Si no acabas de explicarte,
no sé...

RICARDO. Ya que nada infieres,
me explicaré, pues lo quieres,
aun á riesgo de enojarte.
Concha, perdida mi calma
en la lumbre de tus ojos,
há tiempo que solo enojos
disfruta mísera el alma.
Harto cobarde mi labio
mil veces esto pensó
decirte, y nunca lo osó
temeroso de tu agravio.
Mas hoy, prima, que me abruma
el fuego en que mi ser arde,
al labio mudo y cobarde
robó el secreto la pluma;
y ya que mi pasión fiel
ella al papel trasladó,
no quiero ocultarte yo
lo que revela el papel.

CONCHA. ¡Ah!... con qué doble intención
encerraba?...

RICARDO. Por supuesto.

CONCHA. (Ó yo no lo entiendo, ó esto
es una declaración!...)

RICARDO. Deja tu mano posar
sobre mi pecho amoroso,
y sintiendo presuroso

al corazon palpar,
la prueba habrás de obtener
del amor que le combate.

CONCHA. ¡Es verdad! y este no late: (Observa el suyo.)
¿qué le voy á responder?)

RICARDO. Acaso imprudente he sido,
al hacer de mi pasion
tan brusca revelacion;
mas resistir. no he podido,
que amor no conoce ley:
y si es que te desagrada
escuchar el mio...

CONCHA. (Observando como antes.) (Nada:
camina á paso de buey!)
Ricardo! (Cariñosamente.)

RICARDO. (Concibiendo esperanzas.) Dichoso yo!...

CONCHA. (Ni aun de que existe se acuerda!
si pudiera darle cuerda, (Repite la observacion.)
como se le da á un reló!)

RICARDO. Prima: yo te amo! ¡Cómo!...
vuelves el rostro á mi fé?

CONCHA. No... no lo creas... es que... (Lo mismo.)
(Uf!... qué corazon de plomo!)
Es que... ya ves... la emocion...
la sorpresa... no es desvio.

RICARDO. Bendita seas...

CONCHA. (El mismo juego.) (Dios mio!
si tendré yo corazon?)

RICARDO. Cómo pudieras oir
mi tierna pasion esquivada
cuando en tu cariño estriba
(Concha repite su observacion, y hace un gesto de
disgusto.)

mi dicha y mi porvenir?
No es cierto que cariñosa
en pagar mi amor consentes?
No es cierto que tambien sientes
esa inquietud amorosa,
ese misterioso afan,
fuente de gratos placeres,
que solo sienten los seres
que enamorados estan?

Responde, Concha!...

CONCHA. (Qué apuro!)

RICARDO. Escuche yo de tu boca
que no es mi esperanza loca.

CONCHA. (Y qué corazón tan duro!)

RICARDO. Deja que amante y contento
estreche tu mano ufano. (Lo hace.)

CONCHA. (Ay Dios! me coge la mano!
(Con viveza, queriendo retirar la mano: Ricardo lo impide.)
ahora creo que siento...
debo estar como un a grana:
y tengo un calor!...)

RICARDO. (Apasionado y mas vivo cada vez.) ¡Bien mio!
respóndeme.

CONCHA. (Ahora frio!
esto debe ser tereiana!)

RICARDO. Tiembblas?

CONCHA. No sé...

RICARDO. Dulce encanto!

CONCHA. (Me va á dar un patatús!)

RICARDO. Mi cielo!

CONCHA. (Jesus! Jesus!)
No aprietes, no aprietes tanto!
(Ay! creo que me enamoro!)
(Mas satisfecha de su corazón.)

RICARDO. ¡Habla!

CONCHA. (Ya late!) Te estimo...

RICARDO. Mi vida!

CONCHA. Te quiero, primo!...
(Ricardo le besa la mano.)
te adoro, primo, ¡te adoro!
(Completamente satisfecha. En este momento se oye
toser á Andrés: Concha huye precipitadamente por
la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

RICARDO y ANDRÉS.

RICARDO. ¿Qué buscas? (Contrariado.)

ANDRÉS. Quería hablar

- con usted.
- RICARDO.** Habla; y procura ser breve.
- ANDRES.** (Se me figura que he venío á importuná.)
Yo soy mu fiel, señorito:
yo tengo ley á los amos,
y no tolero que... vamos...
usted m'entiende?
- RICARDO.** Maldito.
- ANDRES.** En fin: ya lo sabe usted:
uno suele tener tachas,
pero... pues!...
- RICARDO.** Oye: despachas,
ó te arrimo un puntapié?
Maldigo tu calma apática!
- ANDRES.** Yo he cometido hoy aquí
una falta, como si
dijéramos, diplomática.
- RICARDO.** Tú!
- ANDRES.** Sí, señor; soy mu yano,
y así, al pronto... no discurre;
mas luego caí del burro,
y voy á cantá de plano.
- RICARDO.** Acaba pronto.
- ANDRES.** Corriente:
ya que es forzoso, hablaré.
Este paraiso...
- RICARDO.** Qué?
- ANDRES.** Tiene tambien su serpiente:
don Enrique.
- RICARDO.** Desatino! (Con incredulidad.)
- ANDRES.** Miste que yo...
- RICARDO.** Quita allá!
- ANDRES.** Ay! á usted tambien l'está
engañando como á un chino!
(Con acento de compasion.)
- RICARDO.** Tunante!
- ANDRES.** Ya m'hago cargo;
como usted es su amigo, no...
- RICARDO.** Qué dices? (Prestando atencion.)
- ANDRES.** Digo que yo

veo estas cosas de largo.

RICARDO. (Qué duda!)

ANDRES. Él no viene aquí
por el amo, no señor,
ni por usted, sino por...

RICARDO. Tú sabes?... responde.

ANDRES. Sí;
me consta.

RICARDO. (Maldita estrella!)

ANDRES. Aquí, mal rayo le parta!
m'encargó dar esta carta...

RICARDO. Sin sobre? (Examínandola.)

ANDRES. Á ella.

RICARDO. Á ella! (Pausa.)

ANDRES. Pero usted sabe de quién
hablo?

RICARDO. Por desdicha mia!
y á quién escribir podria
sino?...

ANDRES. Podria tambien
á la otra.

RICARDO. Le crees quizás
de esa infamia susceptible
con un amigo? Imposible!

ANDRES. (Si, pues fiate y verás!)

RICARDO. Él capaz de tanta mengua,
y ella faltar á su fé!...

ANDRES. Las mujeres...

RICARDO. Mira que
te voy á arrancar la lengua!
Solo tu labio mancilla
ese honor acrisolado.

ANDRES. (Pues digo si está pagado
del amor de la chiquilla!)

RICARDO. (Ah! qué villana traicion!)
Escucha: si ella te diese
contestacion...

ANDRES. Me parese
que lo hará.

RICARDO. Sin dilacion
entonces... poco te cuesta
lo que te pido.

- ANDRES. Ya infiero
lo que usted pretende.
- RICARDO. Quiero
que me des esa respuesta.
- ANDRES. La tendrá usted, sí señor.
- RICARDO. Gracias: deseo saber,
quiero por mí mismo ver
si hace traicion á mi amor.
- ANDRES. ¿Cómo á su amor!
- RICARDO. Sí.
- ANDRES. (Canario!
Y yo que no sospechaba!...)
es desir q'usted l'amaba?
- RICARDO. Sí, la amaba.
- ANDRES. (San Macario!)
- RICARDO. La adoraba con locura,
con ardiénte frenesí!
- ANDRES. Conque... con... (Ay! esto sí
que no tiene compostura!)
- RICARDO. Más si ella rompe estos lazos,
yo vengaré su desden.
- ANDRES. Su... (Pues señor, que me den
cuatrosientos latigazos
si comprendo este *tilin*.)
- RICARDO. Oh! si es á mi fé traidora!...
- ANDRES. Pero el señorito... (Por Luis.)
- RICARDO. Ignora...
- ANDRES. (Es claro... marío al fin.)
- RICARDO. Yo le hubiera dicho presto
todo; mas hoy...
- ANDRES. (Qu'embolismo!)
Iba á desirle usted mismo?...
- RICARDO. Qué encuentras de malo en esto?
- ANDRES. (Vamos, ó yo soy un ganso...)
- RICARDO. El pobre Luis sentirá
saber... es tan bueno!...
- ANDRES. Ya!
quiere usted desir tau... manso!
- RICARDO. Escucha: yo necesito
tu ayuda para vengarme.
- ANDRES. Y yo no puedo prestarme
á tal cosa, señorito:

yo no serviré jamás
ni á usted ni á naide d'escudo
contra...

RICARDO. Qué?

ANDRES. Que no l'ayudo!

RICARDO. Menguado! Me ayudarás!

ANDRES. ¿Yo!... como no me mutilen,
no logrará su capricho.

RICARDO. Infame! (Avanzando hácia él.)

ANDRES. Lo dicho, dicho.

RICARDO. Mira!... (Amenazando furioso con una silla.)

ANDRES. Mas que me fusilen! (Pausa.)

Usted, qu'es lo que se piensa?
que soy algun?...

RICARDO. Julia viene!

Calla.

(Váse por el foro, despues de tomar el sombrero.)

ANDRES. (Esta gente no tiene
ni tanto así de vergüensa.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS y JULIA.

JULIA. Qué es lo que esperas! Qué quieres?

ANDRES. Esta carta que han traído...

(Se la da despues de luchar consigo mismo.)

JULIA. Quién fué?

ANDRES. No lo he conosio...

ni él me dijo...

JULIA. Qué sándio eres!

(Sin sobre!) (Examinándola.)

ANDRES. Qu'á usted la diera

m'encargó: yo la tomé...

y... pues... se la entrego á usted...

y...

JULIA. Calla ya: vete fuera. (Váse Andrés.)

ESCENA IX.

JULIA.

Misteriosamente viene
la tal carta... Pues no tengo
reparo!... qué me detengo?
Sepamos lo que contiene. (La abra.)
De quién será? Yo no infiero...

(Al ver la firma.)

Letra de mujer... qué miro!...

«Caballero...» Ah! respiro:
soy muy necia!... «Caballero:

»quien tras largo enmudecer

»hoy rompe el silencio ya,

»razon de sobra tendrá

»que se le obligue á romper.

»Si hay deberes que á los seres

»doblegan, mal que les cuadre,

»ante el deber de una madre

»callan los demas deberes.

»Y aunqne decirlo me aflija

»y ruborice...» Gran Dios!

«Yo soy madre y voy en pos...»

¡Ah!... «del padre de mi hija!...»

Su hijal... Dios de Israel!

(Con desesperada amargura.)

no, no: leí mal: no creo...

á ver... ay! ay! ¡si no veo!...

si me mata este papel!...

(Breve pausa.)

«Niña, y de bienes escasa,

»está al borde de un abismo;

»si él quiere salvarla, hoy mismo

»espéreme á la una en casa.

»Conceda á la hija el padre

»su proteccion cariñosa,

»y hágala tan venturosa

»como es infeliz su madre.»

¿Conque era cierto, Dios mio!

¿Conque Luis me engañaba!

No me amaba!... no me amaba!

y lo juraba el impio!
Esto es infame! es horrible!
Burlaba mi fé!... pues bien:
le olvidaré yo tambien...
¡ay! ¿cómo! si no es posible!
Él con aleve falsia
mi tierna pasion desprecia;
y yo tan necia... tan necia,
que le adoro todavia!
Mas, si no sé aborrecer
al que me hizo tal ultraje,
sabré saciar mi coraje
en esa... pobre mujer.
La espero, pues; llegue aquí
si tanto cinismo tiene:
venga... mas no; que si viene,
yo no respondo de mí!
Justo Dios, ten compasion!
siento que me ahoga este ambiente;
que arde un infierno en mi frente,
y que pierdo la razon!
(Llanto. Pausa.)
Y esa mujer va á llegar,
y sin temer mis enojos,
gozará viendo mis ojos
rojos de tanto llorar! (Reponiéndose.)
Ah! no: fingiré una paz
que el alma mia no siente:
que halle tranquila mi frente!
que vea activa mi faz!
Ya mi mejilla serena
las lágrimas no coloran!...
así: las hienas no lloran,
y yo pretendo ser hiena! (Se sienta.)

ESCENA X.

JULIA y LUIS, este con el sombrero en la mano.

LUIS. Marchemos... (Hola!
 Julia!)

JULIA. (Luís!)

- LUIS. (Duéleme hallarla!)
- JULIA. (Me estorba aquí!)
- LUIS. (Con fingida naturalidad.)
Creí que estabas
en el jardín.
- JULIA. (Intentando levantarse.)
Es que molesto?
- LUIS. Qué osas decir?
- JULIA. Pensaba...
- LUIS. Nunca
soy tan feliz
como al hallarme
cerca de tí.
- JULIA. Ya!
- LUIS. Dices eso
con retintín?
- JULIA. Libreme el cielo!
- LUIS. ¿No? pues créí...
- JULIA. (Que no sospeche
mi idea.)
- LUIS. En fin;
pues desconfías,
á ver si así
tu injusta duda
logro extinguir. (Se sienta.)
(Jesus! se sienta.) (Contrariada.)
- JULIA. (Tiene un cariz!) (Pausa.)
- JULIA. (Si hubiera un medio...)
- LUIS. (Si algun ardid...) (Discurren.)
- JULIA. Decías?
- LUIS. Nada.
- JULIA. Pues pensé oír... (Pausa.)
- LUIS. (Escena muda!)
- JULIA. (Peina el sombrero al revés.)
Pero, Luis,
qué estás haciendo?
no vés?...
- LUIS. ¡Ah! sí...
no reparaba,
(Estoy febril!) (Se lo pone.)
- JULIA. Dime, no sales
un rato?

- LUIS. Pschit!
(Ya ha sospechado!)
- JULIA. Te veo ahí
con el sombrero...
- LUIS. Iba... á escribir. (Con embarazo.)
- JULIA. Y para eso (Sonriéndose.)
te cubres?
- LUIS. Sí:
tenia frio...
- JULIA. ¿Frio en abril?
- LUIS. Es que... la... (Vamos,
soy un mastin.)
- JULIA. Estás enfermo?
- LUIS. Así... así...
siento disgusto...
- JULIA. Eso es esplin.
- LUIS. Acaso.
- JULIA. Siempre
metido aquí,
sin que te ocurra
jamás salir
á tomar aire...
- LUIS. Y es eso? (Asombrado.)
- JULIA. Sí.
Claro, con esa
vida monjil...
- LUIS. (Yo estoy pasmado!)
- JULIA. Qué sacas, dí,
metido en casa
horas sin fin?
- LUIS. Yo... (Creo que hace
mofa de mí!)
- JULIA. Ya ves, estamos
á fin de abril...
- LUIS. Justo.
- JULIA. La sangre
comienza á hervir...
- LUIS. Pues!... (Se me burla!...)
- JULIA. Y está en un tris
la salud...
- LUIS. Eso!
- JULIA. Tú debes ir

todos los días
al campo: á tí
te convendría
mucho seguir
otro sistema
de vida.

LUIS.

¿Sí?

JULIA.

Menos tranquila,
menos... en fin,
más... más campestre.

LUIS.

¡Sí, más cerril! (Resentido.)

JULIA.

Vida agitada,
activa, Luis,
mucho ejercicio!

LUIS.

(¿Si irá á exigir
que siente plaza
de volatin!)

JULIA.

Ahora mismo,
estando así,
debes...

LUIS.

(No acierto
á concebir...
Ella otras veces
arma un motin,
y ahora...)

JULIA.

(Nada:
clavado ahí!) (Pausa.)
Oh! qué memoria (De repente)
tan infeliz. (Levantándose.)

LUIS.

Cómo! qué pasa?

JULIA.

Que en el jardín
te espera Enrique.

LUIS.

Torpe de mí!

(Dándose una palmada en la frente y levantándose.)

El pobre mozo
se va á aburrir.

JULIA.

Y tú tan frescol!

LUIS.

Voy.

JULIA.

Anda, sí:
no tardes.

LUIS.

Pero
me dejas ir

JULIA. sin un abrazo?
Debiera, sí.
LUIS. Pues qué delito?...
JULIA. El de pedir
lo que tú puedes
tomarte sin...
LUIS. Bendita! deja
que te dé mil. (La abraza.)
(No ha sospechado!)
JULIA. (Respiro al fin!)

ESCENA XI.

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRÉS. Una señora... (Anunciando.)
JULIA. (Contrariada.) (Oh! si!!)
LUIS. Quién es?
ANDRÉS. Su nombre no dió.
JULIA. Dile... que otro día... (Precipitada.)
LUIS. No:
dile que pase. (Vase Andrés.)
JULIA. (Ay de mí!)

ESCENA ÚLTIMA.

JULIA y LUIS, luego AMELIA.

LUIS. (No se me ocurre quien sea.)
JULIA. (Señor! solo en tí confío:
que no la vea, Dios mio!
Dios mio! que no la vea! (Pausa corta.)
Mas... qué idea!... la ansiedad
cuando el retrato!... respiro!
Serenidad!...)
AMELIA. (Ah!)
(Asombrada y como queriendo volver atrás.)
LUIS. (Qué miro!)
(Retrocediendo también al ver á Amelia, á quien re-
conoce á pesar del tupido velo que cubre su rostro.)
JULIA. Mi querida Trinidad!
(Julia se arroja al cuello de Amelia abrazándola con

efusion: Amelia turbada y con la vista en el suelo:
Luis contempla sorprendido á las dos sin darse cuenta de lo que ve y no pudiendo prolongar por mas tiempo tal situacion, desaparece por el foro.)

FIN DEL ACTO, SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

JULIA y AMELIA. Julia, en la puerta por donde Luis desapareció, figura seguirle con la vista algunos momentos; luego vuelve á la escena.

JULIA. Estamos solas: ya puede usted pasar.

AMELIA. No: sospecho (Sin avanzar.)
que usted se engaña.

JULIA. De qué se infiere?

AMELIA. De que ha un momento me dió usted un nombre...

JULIA. Que no le pertenece, es muy cierto; pero no importa; adelante.

AMELIA. Yo tambien confesar debo que no busco á usted.

JULIA. Lo sé.

AMELIA. ¿Qué escucho?

JULIA. No; no haya miedo.
Entre el que usted busca y yo,
no existe ningun secreto.

Puede usted hablar libremente.

AMELIA. Me retiraré.

JULIA. Lo siento;
porque habré de sospechar
mal de usted.

AMELIA. Con qué derecho?

JULIA. Con el mismo que me otorga
ese obstinado silencio:
que palabras que los labios
recatan con tal empeño,
esclavas son del honor...

AMELIA. Es que el mío!...

JULIA. De él no tengo
duda: mas, si le ofendí,
casi, casi lo celebro;
que si el honor ha sellado
esos labios, como creo,
ó usted le deja ofendido,
ó habrá de romper el sello.

AMELIA. No hablaré.

JULIA. No hablará usted?

AMELIA. No, señora; que aunque tengo
razones para acallar
esa malicia, sospecho
que estan demas las razones
allí donde sobran celos.

JULIA. Yo!... (Ofendida.)

AMELIA. Lo que la lengua calla,
el rostro lo está diciendo:
soy mujer...

JULIA. Es decir?...

AMELIA. Es
decir que la compadezco.

JULIA. ¿Por loca!

AMELIA. Por desdichada.

JULIA. Tal ofensa!...

AMELIA. Me sincero.
Dijo usted que de mi honor
era verdugo el silencio;
y cuando de honor se trata,
el honor es lo primero.

JULIA. También sentenciosa?

- AMELIA. No:
me interroga usted, y contesto.
- JULIA. Pues bien; si celos pudieran
hallar cabida en mi pecho,
no quiero negar que acaso
los tendria de usted.
- AMELIA. (Cielos!)
- JULIA. De usted, que, astuta serpiente,
con emponzoñado aliento
ha pretendido matar
la fé que abriga mi pecho:
de usted, que me causa horror;
de usted, á quien aborrezco!
- AMELIA. ¡Señora!
- JULIA. No tema usted,
y lea ahí. (Le enseña la carta)
- AMELIA. (Dios eterno!
- JULIA. ¡Mi carta!)
- JULIA. Por ese escrito
libre de celos me veo:
porque quien, ya deshonrada,
fia al papel el secreto
de su honor, esa no es digna
de inspirar tal sentimiento.
- AMELIA. Ah!
- JULIA. Se ofendió á mi decoro,
y yo mi decoro vengo.
Guarde usted su compasion,
que ni le pido, ni acepto:
yo desprecio, por sin honra,
á quien por triste interes!
- AMELIA. Á mí por?... Perdon, señora,
y adios.
- JULIA. Se va usted?
- AMELIA. Me ausento.
- JULIA. Y deja que de su honor
sea verdugo el silencio?
- AMELIA. Sí.
- JULIA. *Quando de honor se trata,
el honor es lo primero.*
- AMELIA. Adios.
- JULIA. De aquí no se sale!

AMELIA. Por qué?

JULIA. Porque yo lo ordeno.

AMELIA. No es como más se consigue,
pidiendo con tanto imperio.

JULIA. (Tiene razon: no es el modo...)

AMELIA. (Dios me dé calma!...)

JULIA. Comprendo...

es verdad... que es usted libre,
que no me asiste derecho
alguno...

AMELIA. En tal caso...

JULIA. No,
no salga usted... se lo ruego.

AMELIA. (Qué cambio!...)

JULIA. No salga usted

sin escucharme primero.
Yo me equivoqué, perdon:
estaba ciega... de celos!
y he calumniado á usted, sí;
la calumnié, lo confieso.

AMELIA. Declara usted, pues, que está
celosa?

JULIA. Cómo no serlo,
si soy mujer, y usted bella,
y él mi esposo, y yo le quiero?

AMELIA. (Por Dios que duele su pena
más que ofenden sus recelos!)

JULIA. Perdon, señora, perdon!

AMELIA. (Qué situacion!)

JULIA. Se lo ruego.

AMELIA. (Despues de un momento de lucha interior.)

Oiga usted, que yo tambien
una explicacion le debo.
Huérfana y rica, del mundo
en un rincon, en sosiego
deslizábase mi vida
sin sobresaltos ni duelos,
entre aves y flores, únicos
amigos de mi destierro.
Cierta noche, un hombre herido
llegó á mi quinta, pidiendo
hospitalidad; ese hombre...

JULIA. Ya adivino.

AMELIA. Si tan tierno
interés inspira siempre
la desgracia, grande, inmenso
fué el mio por él, al ver
que se le escapaba á un tiempo
la existencia con la sangre
de que se hallaba cubierto.

JULIA. (Qué horror!)

AMELIA. En cuarenta dias
que fué mi huesped y enfermo,
yo, señora, ni un instante
me separé de su lecho,
Y tal fueron mi interés
y su gratitud creciendo,
que al fin... perdon!

JULIA. Siga usted.

AMELIA. Cierta mandato paterno
supe yo que se oponia
á nuestra union, ya en proyecto.

JULIA. Y entonces?

AMELIA. Cedí á los pobres
mi fortuna: y sin dar tiempo
á que él me lo noticiase,
partí para extraño suelo,
con el alma desgarrada,
con el corazon deshecho!
Allí, loca de dolor,
hubo, señora, un momento
que solo en la muerte ví
reposito; pero en mi seno
secreta voz me gritó:
¡parricida! y tuve miedo.
(Desdichada!)

JULIA.

AMELIA. Aquella voz
que trocó mi sangre en hielo,
era la voz de una niña,
¡fruto de mi amor funesto!
Y esa niña, que infeliz
es ya por su nacimiento,
es tambien pobre, muy pobre!
y yo no tengo otro medio

que el de implorar el auxilio
de su padre! Si al hacerlo
vine á turbar de esta casa
el apacible sosiego,
perdóneme usted: su esposo
la quiere, su amor entero
pertenece á usted, y á usted
lo consagra: yo no intento
arrebatarlo; no!

JULIA. (Lástima inspira!)

AMELIA. Si tengo
el de mi hija, ¿cuál otro
más santo apetecer puedo?
Pero usted llora?

JULIA. No.

AMELIA. Sí;

las lágrimas correr veo
por ese rostro... Sin duda
se apiada usted de mi duelo!
¡Dios mio! á quien vale tanto
pude yo inspirarle celos!

JULIA. No, ya no somos rivales:
de hoy más, amigas seremos:
hermanas, si usted lo quiere.

AMELIA. ¡Ay! tal honor no merezco!
usted es honrada, señora!

JULIA. Y usted digna de mi aprecio,
que no hay falta que no borre
un buen arrepentimiento.

AMELIA. ¡Ah! Deje usted que á sus pies...

JULIA. Mis brazos estan abiertos:
¡aquí!

AMELIA. Dios clemente, gracias, (Se abrazan.)
gracias por este consuelo!

JULIA. Enjague usted ese llanto;
es preciso que evitemos
nos sorprendan!

AMELIA. Teme usted?...

JULIA. No, mas no seria cuerdo
que nos viesen: si usted quiere,
vamos al jardín.

AMELIA. Marchemos.

JULIA. (Esposa noble perdió!)
AMELIA. (Noble esposa le escogieron!)
JULIA. Vamos ya?
AMELIA. Vamos. (Señor,
que él sea feliz al menos!) (Váase foro.)

ESCENA II.

CONCHA, sola.

No está: volveré despues.
No se le podrá ocurrir
que acabo de descubrir
su infamia, gracias á Andrés.
¡Viles! y ella... cómo ha dado
sus deberes al olvido?
¡Pobre Luis! pobre marido,
por tu mujer engañado!
Cómo no castiga Dios
á una esposa tan liviana?
Vamos, si tengo una gana
de vengarme de los dos!...

ESCENA III.

CONCHA y RICARDO, que viene por el foro.

CONCHA. (Él!)
RICARDO. (Ella!) (Dejando el sombrero en una silla.)
CONCHA. (Si no pensara!...)
RICARDO. (Si no fuera!...)
CONCHA. (Y el aleve
aun me mira!)
RICARDO. (Y aun se atreve
á mirarme cara á cara!) (Se sienta.)
CONCHA. (No me saluda, y se sienta!) (Id.)
RICARDO. (Se sienta, y no me saluda!)
CONCHA. (Oh! me atormenta la duda!)
RICARDO. (Oh! la duda me atormenta!)
CONCHA. (Le odiara si fuera dable!)
RICARDO. (La odiara si dable fuera!) (Pausa.)
CONCHA. (Pues si hasta que yo hable espera!...)
RICARDO. (Pues si espera que yo le hable!...)

Pérfida!

(Alzando la voz y sin dirigirse directamente á Concha.)

CONCHA. (id.) Traidor!

RICARDO. (id.) Taimada!

CONCHA. Con quién hablas?

RICARDO. Es conmigo?

CONCHA. Qué dices?

RICARDO. Yo nada digo:

y tú?

CONCHA. Yo no digo nada! (Breve pausa.)

RICARDO. El labio á veces con mengua vende un secreto que ofende.

CONCHA. Sí; muchas veces nos vende algun secreto la lengua.

RICARDO. No lo niego.

CONCHA. Ni yo arguyo.

RICARDO. Si hay ofensa...

CONCHA. Si hay agravio...

RICARDO. Á tí te ha vendido el labio. (vivo.)

CONCHA. Á lí te delata el tuyo.

RICARDO. Eso, conforme y segun. (Se levanta.)

CONCHA. Eso, segun y conforme. (id.)

RICARDO. Dígalo Andrés. (Mas vivo.)

CONCHA. Él informe.

RICARDO. Si eres una!...

CONCHA. Si eres un!...

RICARDO. Acaba.

CONCHA. Sigue, traidor! (Muy vivo.)

RICARDO. Ya te escucho.

CONCHA. Ya te espero.

RICARDO. Vamos! (viviísimo.)

CONCHA. Prosigue!

RICARDO. No quiero!

CONCHA. Ni yo!

RICARDO. Me alegro!

CONCHA. Mejor! (Se sientan. Pausa.)

RICARDO. Necio quien su vida entera te dió con sincera fé!

CONCHA. Necia yo, que te entregué mi vida con fé sincera.

RICARDO. Tú has sido á mi amor infiel!

CONCHA. No; tu pasión fué mentida!

RICARDO. (Á que es ella la ofendida!)

CONCHA. (Á que tiene razón él!) (Pausa.)

RICARDO. (Y aun peno! Soy un atun.)

CONCHA. (Y aun lloro!... tormento necio!)

RICARDO. Te aborrezco!

CONCHA. Te desprecio! (vivo.)

RICARDO. Si eres una!...

CONCHA. Si eres un! ..

RICARDO. Acaba! (De pie.)

CONCHA. Sigue, traidor! (id., muy vivo.)

RICARDO. Ya te escucho!

CONCHA. Ya te espero!

RICARDO. Vamos!

CONCHA. Prosigue! (vivísimo.)

RICARDO. No quiero!

CONCHA. Ni yo!

RICARDO. Me alegro!

CONCHA. Mejor!

(Se sientan. Pausa.)

RICARDO. Fíese usted en la mujer!

CONCHA. Confía en hombres así!

RICARDO. Qué puedes decir de mí?

CONCHA. Y tú qué dices? Á ver.

RICARDO. No se me oculta tu trama.

CONCHA. Yo he descubierto tu plan.

RICARDO. Sé que tienes un galán.

CONCHA. No; tú tienes una dama.

RICARDO. Deja hablar.

CONCHA. Á mí me toca.

RICARDO. Andrés me puso al corriente.

CONCHA. Estás loco?

RICARDO. Estás demente?

CONCHA. (Está demente!)

RICARDO. (Está loca!)

Coqueta!

CONCHA. (Me insulta aun!)

RICARDO. Me río de tu desden!

Te detesto!... (De pie.)

CONCHA. Yo también! (id.)

RICARDO. Si eres una!...

CONCHA. Si eres un!...

RICARDO. Acaba. (Muy vivo.)
CONCHA. Sigue, traidor!
RICARDO. Ya te escucho.
CONCHA. Ya te espero.
RICARDO. Vamos! (Vivísimo)
CONCHA. Prosigue!
RICARDO. No quiero!

Me voy!

CONCHA. Me alegro.

RICARDO. Mejor.

(Váse por la derecha, segunda puerta. Concha se sienta.)

ESCENA IV.

LUIS y CONCHA.

LUIS. Profundo silencio; indicio de una calma bonancible. Ay! á mí no me es posible gozar de igual beneficio; que es mi desventura tal, que ni aun me está permitido decirle al mal «bien venido», por no venir solo el mal. Bulle en mi mente una idea que ha trastornado mi ser: si fuese aquella mujer!... Señor, haz que no lo sea! Tu misericordia invoco en este trance funesto: yo no pienso más en esto, que voy á volverme loco!

CONCHA. Pobre! qué abatido está! (Acercándose á él. Habrá tal vez sospechado?...

LUIS. Hola! y Julia?

CONCHA. No he hablado con ella hace rato ya. (Con acento de disgusto.)

LUIS. Pero ha salido?

CONCHA. No sé.

LUIS. Sabes si estuvo aquí alguna señora?

CONCHA. No ví ninguna.
(Qué querrá?)
LUIS. (Yo indagaré...)
(Váse por la primera puerta derecha.)

ESCENA V.

CONCHA y JULIA, al final ENRIQUE.

CONCHA. (Cuánto ha cambiado en un día!) (Se sienta.)

JULIA. (No está! Pobre Luis! Ya nada me extraña esa continuada, profunda melancolia. Mas es fuerza sujetar á tu corazón, que pena: y he de echarle tal cadena, que no la pueda quebrar. Veremos despues si así te doy la dicha que aguardo.)

CONCHA. (Esta viene por Ricardo: ya no me muevo de aquí!)
(Hace ruido con la silla y Julia repara en ella.)

JULIA. Estás ahí?

CONCHA. Ya lo ves. (Con sequedad.)

JULIA. Qué significa ese gesto?
No comprendo...

CONCHA. Por supuesto.

JULIA. Algo te ha picado.

CONCHA. Pues.

JULIA. ¡Jesus! y qué empalagosa te encuentro.

CONCHA. Como tú quieras.

JULIA. Justamente hoy, que debieras considerarte dichosa.

CONCHA. ¿Yo!

JULIA. Sé que á tu corazón inflamó el amante ruego de Ricardo.

CONCHA. No lo niego:
mas ya cambié de opinion.

JULIA. ¿Tan pronto!

CONCHA. De qué te espantas?

- JULIA. Es natural que me asombre:
jugar con la fé de un hombre...
- CONCHA. Hoy hacen lo mismo tantas!...
- JULIA. Si hay motivo, puede ser.
- CONCHA. Caprichos.
- JULIA. Mi asombro crece.
- CONCHA. Te asombras? pues no parece
sino que no eres mujer.
- JULIA. ¡Oiga! Cómo te remontas!
- CONCHA. No siempre he de estar en *babia*.
- JULIA. Y desde cuándo tan sabia?
- CONCHA. Desde que hay sabias muy tontas.
- JULIA. Gracias. En fin, qué ha pasado?
Habla, porque no concibo
cuál puede ser el motivo
de ese humor tan endiablado.
Qué es ello?
- CONCHA. Que estoy cansada
de su amor; que no le quiero
ni ver.
- JULIA. Convenido; pero
en qué te fundas?
- CONCHA. En nada.
- JULIA. No es cierto.
- CONCHA. Ya te lo he dicho.
- JULIA. De alguna ofensa te quejas.
- CONCHA. No.
- JULIA. No hay ofensa y le dejas?
- CONCHA. Qué quieres? Es un capricho.
- JULIA. Perder, de un capricho en pos,
un amante, es gran tontuna.
- CONCHA. Por eso sé yo de alguna
que no quiere sino dos.
(Vuelve por otra!)
- JULIA. ¿Qué escucho?
Tampoco apruebo el exceso.
- CONCHA. No lo apruebas, eh? Pues de eso
podría decirse mucho.
- JULIA. Dilo ya, que no eres muda.
- CONCHA. Hay cosas que son muy graves.
- JULIA. No las dirás, porque sabes
que la razon no te ayuda:

y debo advertirte aquí,
que tu conducta indiscreta
es digna de una... coqueta.

CONCHA. Coqueta!

JULIA. Coqueta, sí.
Tender aleve y taimada
las redes á un jóven tierno;
y fingiendo amor eterno,
dar á su alma apasionada
un desengaño traidor,
en que sus dichas espiren,
eso es de coquetas.

CONCHA. Miren
el diablo predicador!

JULIA. .Eh? qué dices?

CONCHA. Lo repito:
jurar al pié del altar
fé que se ha de quebrantar
con un descaro inaudito:
y del esposo que vé
en esa fé su embeleso
burlar la candidez, eso
quién lo hace?... (Si yo no sé!...)
(Busca impaciente una palabra.)

JULIA. Estás dada á Belcebú?

CONCHA. La que á su esposo no ama
y engaña, cómo se llama?...
Dí: cómo te llamas tú?

JULIA. Imprudente! Ven aquí:
sâbes que acaba tu labio
de inferirme un hondo agravio?
Sabes lo que has dicho?

CONCHA. (Medio arrepentida.) Sí.

JULIA. Entonces, acaba ya:
habla, que impaciente aguardo;
á quién amo yo?

CONCHA. Á Ricardo!

JULIA. Á Ricardo? Já! já! já!

CONCHA. Por eso en cólera monta
mi amor, porque tú le quieres!

JULIA. Yo? já! já! Vamos, no eres
coqueta; pero cres tonta!

- CONCHA. Pues! suerte desventurada! (Llorando.)
Tras de robarme mi amor,
búrlate de mi dolor!
- JULIA. Eh! Nadie te roba nada.
- CONCHA. Tú le amas!
- JULIA. ¡Vuelta á lo mismo!
No le amo, ni cabe que...
- CONCHA. Pobre de mí! mire usted
que es tambien mucho egoismo!
- JULIA. Qué error tan inoportuno!
Es posible no repares!...
- CONCHA. Sí, tú los tienes á pares,
y las demas sin ninguno.
- JULIA. Necia! Dime: cómo quieres
que de tu error te persuada?
- CONCHA. Júralo. (Presentándole la señal de la cruz.)
- JULIA. Aunque no me agrada,
juro! (Besándose)
- CONCHA. (Transicion.) Sí? ¡qué buena eres!...
Perdona que en un exceso
de celos te haya ofendido.
- JULIA. Como prueba de que olvido
tus agravios, toma un beso.
- CONCHA. No me guardarás encono?...
- JULIA. Quedan firmadas las paces.
- CONCHA. Le quiero tanto!
- JULIA. Bien haces;
pero, pues que te perdono,
yo de tus celos te ruego
me digas la causa ya.
- CONCHA. Si lo haré.
- ENRIQUE. Señoras... (Saludando desde el foro.)
- JULIA. (Ah!)
- Déjanos, y vuelve luego.
- CONCHA. (Ahora voy á saber
cómo Andrés...) (Váase por el foro.)

ESCENA IV.

JULIA y ENRIQUE, luego RICARDO, y al final ANDRÉS.

- JULIA. (Después de ofrecerle asiento.)
Y Luis?
- ENRIQUE. Aquí
dijo que venía.
- JULIA. Sí?
Pues no se ha dejado ver.
Algun asunto quizás...
- ENRIQUE. Asuntos?... Le son ajenos:
Luis es el hombre de menos
asuntos que vi jamás.
Hasta le tiene aversión
á la palabra negocio:
y es lástima, porque el ocio
ha de ser su perdición.
- JULIA. Usted sabe?...
- ENRIQUE. Lo imagino:
El ocio produce tedio,
y él va buscando remedio
al suyo, por mal camino.
- JULIA. Pues?
- ENRIQUE. Juega; y es lo peor
que en esa lucha mortal,
distráe... su capital,
pero no su mal humor.
Ya ve usted que si se entrega
á tan detestable vicio...
- JULIA. ¡Jugar él!
- ENRIQUE. No es por oficio:
por recurso.
- JULIA. Pero juega!
- ENRIQUE. Su espíritu está abatido;
necesita distracción...
El juego y los vinos son
dos bálsamos!...
- JULIA. Qué he oído?...
- ENRIQUE. Sí... bebe... con cierto modo...

:

JULIA. Dios mio!

ENRIQUE. No; no es beodo.

JULIA. ¿Pero bebe!

ENRIQUE. Y bebe bien.

RICARDO. (Qué es esto?)

(Apareciendo en la segunda puerta derecha y volviendo á ocultarse.)

ENRIQUE. No es un perdido,
ni un calavera imprudente:
nada de eso; es, simplemente,
un hombre... que está aburrido;
que, ansiando nuevos placeres,
pretende encontrarlos, ciego,
en las mujeres y el juego...
y en...

JULIA. ¿Tambien en las mujeres!

ENRIQUE. Por distraccion.

JULIA. ¡Ay de mí!

ENRIQUE. Mas él tiene buen discurso:
las busca... como recurso.

JULIA. ¿Pero las busca!

ENRIQUE. Eso sí.

JULIA. Y usted...

ENRIQUE. Yo, que arder no siento
el fuego de las pasiones;
yo, que no busco emociones
violentas, ni voy sediento
en pos de un placer bastardo,
porque immaculada guardo
la fibra del sentimiento;
yo por nadie, ni por nada,
á Luis aconsejaré
nunca, ni le aprobaré
esa vida disipada,
cuyos goces no concibe
mi razon: yo, amiga mia,
me ahogo, me asfixiaria
en la atmósfera en que él vive.
Pero me excedo quizás...

JULIA. Al contrario, le agradezco
con el alma...

ENRIQUE. No merezco...

- RICARDO. (Qué amigos!)
- JULIA. (Luego verás.)
Cuán distinto le juzgaba!
- ENRIQUE. Hay que dispensar, señora...
- JULIA. Dispensar? pues usted ahora de enumerarme no acaba sus vicios?
- ENRIQUE. No vuelvo atrás.
- JULIA. Él juega!
- ENRIQUE. Sí, con mesura.
- JULIA. Bebe, y por añadidura galantea!
- ENRIQUE. Y algo más.
- JULIA. Más?
- RICARDO. (Infame!)
- ENRIQUE. Su deseo no sabe tener á raya; y es muy frecuente que vaya mas allá del galanteo.
- JULIA. Cómo? Alguna aventurera?...
- ENRIQUE. Si usted quiere conservar su amor, debe usted tomar una medida severa.
- JULIA. Cuál? Yo me siento cobarde.
- ENRIQUE. Pues es fuerza dar el paso, y muy pronto; porque acaso mañana sería tarde.
- JULIA. Dios mío!
- RICARDO. (Cuánta maldad!)
- JULIA. Usted sabe ya....
- ENRIQUE. Hasta ahora...
- JULIA. Vamos: hable usted.
- ENRIQUE. Señora...
- JULIA. Dígame usted la verdad: si es para mí un beneficio.
- ENRIQUE. Bien: hará usted que me preste.
- JULIA. Gracias.
- ENRIQUE. Por usted hago este amistoso sacrificio.
- JULIA. Vamos!
- ENRIQUE. Yo quiero á Luis bien, y adoro á usted con pasion...

(Movimiento en Julia.)

oh! no es esta la ocasion
de escucharme con desden.

JULIA. Hable usted; no mortifique
con la duda mi reposo.

ENRIQUE. Pues sepa usted que su esposo...
ama á otra mujer...

JULIA. ¡Enrique!

(Indignada y poniéndose de pie.)

Y es usted quien se apresura?...

ENRIQUE. Usted lo pedía ahora,
y mi amistad...

JULIA. Es traidora,
como lo fué su impostura!

ENRIQUE. Impostura?...

JULIA. Sí; señor.

Usted que, hace tiempo ya,
importunándome va
con su ridículo amor;
usted, que aspirando necio
á lograr su torpe fin,
emplea esa farsa ruin...

ENRIQUE. Señora!...

JULIA. Que yo desprecio!

usted que ve receloso
esta altivez que le espanta;
usted es el que levanta
esa calumnia á mi esposo.
Si pensó hacer vacilar
mi fé con un nuevo asedio,
debió emplear otro medio
más noble, y menos vulgar.

ENRIQUE. Usted conmigo se exalta,
y sus agravios olvido;
mas sepa que su marido...

JULIA. No ha cometido esa falta!

ENRIQUE. Su amor á usted es quimera.

JULIA. Quién dice?...

ENRIQUE. Yo lo sostengo:
pruebas en mi abono tengo.

JULIA. ¡Pruebas!... Si usted las tuviera
de que él á mi amor faltó,

primero que presentarlas
deberia sepultarlas
donde no las viera yo!
Obrára usted de ese modo,
guiado de un fin laudable,
sin arrastrar, miserable,
su conciencia por el lodo:
y en buen hora como precio
á tan marcado favor,
aspirára, no á mi amor,
á mi amistad, á mi aprecio:
pero herir impunemente
al hombre que amigo llama,
y de su esposa á la fama
atentar villanamente,
no indiferencia, eso es poco:
el que tan vil aparece
como ahora usted, merece
que le desprecien... por loco!

ENRIQUE. ¡Yo!...

JULIA. Nada en su pró reclame:
en la ajena desventura
buscar placer, ó es locura,
ó proceder de un infame,
que está al crimen avezado:
sentado tal precedente,
si no es usted un demente,
es usted un gran malvado!

ENRIQUE. ¡Cómo!

JULIA. Y de razon escasa,
ó sobrada villania,
me espanta su compañía;
salga usted ya de mi casa!

ENRIQUE. Injusta es usted conmigo.

JULIA. Pronto! Mire usted que llamo.

ENRIQUE. Luis de esta casa es el amo;
no salgo!

JULIA. Pronto! le digo.
Huya usted sin dilacion,
porque si Luis esto acierta,
yo le echo á usted por la puerta,
y él lo hará por el balcon!

ENRIQUE. No salgo!

JULIA. (¡Quiere que llame!)

(Se dirige al foro, á tiempo que llega Andrés con un periódico.)

Á tiempo llegas.

ENRIQUE. (¡Maldito!)

No, ya no le necesito.

Beso á usted los pies. (Váse foro.)

JULIA. ¡Infame!

(Váse por la izquierda. Ricardo, sin ser notado, toma el sombrero y sale tras Enrique.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS.

Qu'és esto? Qu'á tiempo yego,

que no hago farta mardita;

eya, que me nesecita,

él, que no... paese juego!

Pues si es de los prohibios,

al amo aquí se la pegan:

cuando las mujeres juegan,

siempre pierden los marios.

La sangre en mis venas arde

de pensá... vamos ahora

á ver que dise—«*La Aurora.*»

qu'aparese por la tarde.

—«La situasion se derrumba!

»cada dia que pasamos

»en tal estao, avansamos

»un paso más á la tumba.

»El Tesoro, floresiente

»otro tiempo, hoy agoniza:

»hay que darle... (Hace un gesto de disgusto,

y cambia de columna.) una nodriza

»que tiene leche resiente,

»la ofrese á quien conviniera:

»vive en la caye der Pez

»y abonarán su honradez.

»Se previene que es sortera.»

Sígame usted á esta la pista!
Bravo!...—«Corria d'ayer.
»Revista.»—Vamos á ver
lo que dise la revista.
«Hecho el despejo presiso,
»qu'esto es cuestion de decoro,
»salió á los medios el toro,
»del presidente... al aviso.»
Ó yo he estudiao en barde,
ó no entiendo lo que leo,
ú er toro, por lo que veo,
era er tiniente d'arcarde!
—«Bicho noble, turbulento,
»de sentio.»—Habrá gilí?
Á que quié probar aquí
qu'era un toro de talento?
—«Curro los pies le paró,
»dándole con gran fortuna
»sinco navarras.»—Con una,
si es de ley, me paro yo.
—«Seis jacos dejó tendios
»y siete inutilisao.»—
Qué tal? Hoy habrán bajao
de presio los embutios.
—«Curro, despues de bregá
»un rato, con mucha pena,
»lo despachó d'una güena
»resibiendo... una corná!»
Á Curro? San Telesforo!
y dise qu'er toro fué
mu noble! Fiése usted
en la noblesa d'un toro!
Si no hay nenguno leal!—
El amo viene... ¡qué gesto!
me voy, no piense qu'es esto
una alusion personal.

ESCENA IX.

LUIS y JULIA.

LUIS. (Ah! llegó el fatal instante!)

- JULIA. Hola!
- LUIS. Adios.
- JULIA. De dónde vienes?
Qué te ha pasado, que vienes
tan descompuesto el semblante?
Te dura el esplin aquel!
- LUIS. Un poco: no lo he podido
desechar.
- JULIA. Pues no has debido
volver á casa con él.
Por no verte de ese modo...
- LUIS. Como sé que no te agrada
estar sola...
- JULIA. Nada, nada;
la salud antes que todo.
- LUIS. (Qué amable está! Yo me pasmo!)
- JULIA. No niego que me enajeno
con un marido... tan bueno.
- LUIS. (Bueno! ya empieza el sarcasmo!)
- JULIA. Mas si la necesidad
me roba tu compañía...
- LUIS. Sí.
- JULIA. Por fortuna, hoy tenia
tambien la de Trinidad.
(Ya salió!)
- JULIA. Tú te nos fuiste...
- LUIS. Os hubiera importunado;
por eso... y qué habreis hablado?
- JULIA. Mucho, y todo triste.
- LUIS. ¿Triste!
- JULIA. Es muy infeliz.
- LUIS. Quién pudo
ocasionar su dolor?
- JULIA. Un amor...
- LUIS. ¿Cómo!
(Con visible emocion, que irá creciendo toda la es-
cena.)
- JULIA. Un amor
desventurado!
- LUIS. (Ya sudo!)
Será su esposo un perdido,
y ella no se figuraba?...

- JULIA.** Si el hombre á quien adoraba
no llegó á ser su marido!
- LUIS.** Que no?... Á ver... has dicho que?...
- JULIA.** Que no llegó á ser su esposo.
Pero, hombre, estás sin reposo.
- LUIS.** Sigue: dices que no fué?...
Ah! ya; contra su albedrio,
algun padrastro tirano
dispondria de su mano.
- JULIA.** Es huérfana.
- LUIS.** Qué? (Dios mio!)
- JULIA.** Ya te contaré otro dia...
- LUIS.** Permite que hoy te interroge:
yo .. pues... la...
- JULIA.** Tienes azogue?
- LUIS.** No. (Debe ser perlesia!)
- JULIA.** Ningun pariente ha causado
su mal: no tiene ninguno...
me equivoqué; tiene uno,
y ese es su mayor pecado.
Una niña angelical
alivia su amargo luto;
pero esa niña, es el fruto
de una pasion criminal.
Y aunque á su madre taladre,
ella misma la baldona,
porque esa niña pregona
la vergüenza de su madre.
- LUIS.** Mas...
- JULIA.** Y ella...
- LUIS.** No tan prolija:
por Cristo!...
- JULIA.** Deja que acabe.
- LUIS.** Su padre?
- JULIA.** El padre no sabe
quizás que tiene tal hija.
- LUIS.** Que no?... (Corazon, mas calma!)
- JULIA.** Pero te estoy conmoviendo!
- LUIS.** No importa; sigue diciendo.
(Siento un infierno en el alma!)
- Tendrá... dos años de edad
la niña?

JULIA. Exacto estuviste.
LUIS. (Pues!) Y su madre dijiste
que se llama...
JULIA. Trinidad.
LUIS. (Trinidad!) (Contrariado.)
JULIA. (Está en tortura.)
Trinidad, que desdichada
y viéndose abandonada
del que hacia su ventura...
LUIS. Sigue.
JULIA. Huyó con su dolor
á extraña tierra.
LUIS. (Yo peno!)
JULIA. Llevando el fruto en su seno
de aquel desdichado amor.
LUIS. Y el padre? Tú sabes?...
JULIA. Sí;
se llama...
LUIS. Vamos! (Qué plomo!)
JULIA. El padre se llama...
LUIS. Cómo?

ESCENA X.

DICHOS y CONCHA.

CONCHA. Julia! (Muy satisfecha.)
LUIS. (Reniego de tí!)
CONCHA. Adios, Luis.
LUIS. (En qué momento!)
CONCHA. Oyes?
LUIS. Adios. (Distruido.)
CONCHA. Qué brusco eres!
LUIS. Déjame ya en paz, si quieres.
CONCHA. Galante recibimiento!
LUIS. (Esa niña...) (Reflexionando.)
CONCHA. (Bajo á Julia.) He visto á Andrés,
y nada á mi bien iguala:
ha sido todo una mala
inteligencia.
JULIA. Lo ves?
CONCHA. Dichosamente, el error

fué pronto desvanecido;
ya me temia haber sido
víctima como la flor...

JULIA. Qué flor?

CONCHA. Nunca te ha contado
Luis esa historia?

JULIA. No sé...

CONCHA. Es muy bonita. Luis!

LUIS. Qué?

CONCHA. Estás ya más sosegado?

LUIS. (Yo hago mi pena notoria!)
Qué quieres?

CONCHA. Si lo consientes,
vengo á pedirte que cuentes
otra vez aquella historia.

LUIS. Cuál?

CONCHA. La de aquel pobre lirio:
como antes Julia no estaba,
quiere oirla.

LUIS. (Esto faltaba
solo para mi martirio!)

CONCHA. Vas á repetirla, sí?

LUIS. Si yo no me acuerdo ahora!...

CONCHA. Cómo no? si hace una hora
que me la has contado á mí?

LUIS. Pues no la recuerdo.

CONCHA. No?
no importa nada.

LUIS. (Sobresaltado.) Qué intentas?

CONCHA. Ya que tú no se la cuentas,
voy á contársela yo.

LUIS. Pero...

CONCHA. La sé sin tropiezo.

LUIS. Es que...

CONCHA. Por demas batallas:

si quieres oir, te callas;
y si no, te vas: empiezo.

(Se sienta entre los dos. Julia hace labor.)

¡rurlando la picardia
de un niño, que con pueril
empeño la perseguia,
dió una mariposa un día

en un florido pensil.

En pos de amparo y reposo,
contó á un lirio sus congojas
con acento doloroso:
el lirio fué generoso,
y la ocultó entre sus hojas.

El niño, que tal no acierta,
llega, la busca... ¡delirio!
la mariposa, ojo alerta,
se estaba como una muerta
entre las hojas del lirio.

Ocúltame, murmuraba,
y tuya en premio seré:
el lirio, que ya la amaba
en silencio, la ocultaba
con enamorada fé.

Y así las horas pasando,
fueron la tarde venciendo
en dulce coloquio blando;
la crédula flor, amando;
la mariposa, fingiendo.
Á solas ya...

LUIS. No prosigas:
esta agradeció el favor
á su gentil salvador,
y vivieron siempre amigas
la mariposa y la flor.

CONCHA. No es eso.

LUIS. Y esta amistad,
de entrambas dulce embeleso,
hizo la felicidad...

CONCHA. Si te dejas la mitad!
No es eso, vamos, no es eso.

LUIS. (Por qué ¡menguado de mí!
la enseñé...)

CONCHA. Dichosas, dices?

Si la mariposa allí
no fingiera, entonces, sí,
vivieran ambas felices.

Pero ella, que amor juró
en los primeros momentos
de peligro, así que vió

su libertad, olvidó
promesas y juramentos.
Y sin ver cómo lloraba
sus desdichados amores
el lirio, que la adoraba,
ella gozosa libaba
los cálices de otras flores.

JULIA. (Cuánto sufre!)

LUIS. (Qué agonía!)

CONCHA. Y al mirarla tan ajena
al tormento que él sufría,
no pudo más, y aquel día
el lirio murió de pena.
No es verdad que inspira horror
la taimada mariposa?

JULIA. Quién sabe?...

CONCHA. Pues qué, señor!

la muerte que dio á la flor,
no es una muerte alevosa?
Llevar á su ser el fuego
del amor y sus delicias
con dulce y fingido ruego,
para abandonarla luego,
hastada de sus caricias!
No es esto una infamia? Dí.

LUIS. (Me mata!)

JULIA. Si la olvidó...

Mas quién te asegura á tí?...

CONCHA. La historia dice que sí.

JULIA. Pues yo te afirmo que no.

LUIS. (¡Cómo!)

JULIA. Si olvidó un momento,

(Con mucha intencion y observando en Luis el efecto de sus palabras.)

pronto sintió su virtud
profundo remordimiento;
que fué su arrepentimiento
mayor que su ingratitud.

LUIS. (Cierto!)

JULIA. Y aquellos desvios,
sus ojos purificar
lograron, llorando á rios.

CONCHA. Sí?
LUIS. (Por eso estan los míos
reventando por llorar.)
JULIA. No es esto, Luis?
LUIS. No sé ahora:
creo que sí.
CONCHA. Si así fué,
no la juzgo tan traidora.
JULIA. No.
LUIS. (Yo me abogo!)
JULIA. (Ya llora:
yo su llanto enjugaré.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y RICARDO.

CONCHA. Ricardo!
RICARDO. Adios.
JULIA. Bien venido.
RICARDO. Tengo que hablarte despacio. (Bajo á Luis.)
LUIS. Qué hay?
CONCHA. Sigue la historia. (Á Julia.)
JULIA. Escucha.
(Figuran hablar.)
RICARDO. Que á tu honra aquí se ha atentado.
LUIS. ¿Á mi honra!
RICARDO. Sabés por quién?
LUIS. El nombre del vil!
RICARDO. Más bajo.
LUIS. Dilo!
RICARDO. Enrique.
LUIS. ¿Cómo!
RICARDO. Sí.
Enrique, que á Julia ha dado
hoy una carta, que Amelia
te escribió, solicitando
una entrevista.
LUIS. ¡El infame!
RICARDO. Tal vez de aquí á poco rato
llegue, si tú no lo evitas.
LUIS. Imposible!

- RICARDO. Vino acaso?
LUIS. No: digo que es imposible
que ella se atreva...
RICARDO. El taimado
la afirmó que tu mujer
no estaba en Madrid.
LUIS. Villano!
Pero qué se proponía?
RICARDO. Si aún no lo has acertado,
pregunta á Julia, que ha poco
se vió precisada á echarlo
de este aposento.
LUIS. Es decir
que ese miserable ha osado?...
(Intentando salir.)
RICARDO. No te molestes; es tan
cobarde como villano;
y rehusando batirse
conmigo, me ha asegurado
que hoy de la córte saldrá.
LUIS. Sin que pueda yo matarlo!
(Da un golpe en el suelo con una silla.)
RICARDO. Calla.
JULIA. Qué es eso? (Aproximándose.)
CONCHA. Qué pasa!
LUIS. Nada.
JULIA. Tú estás demudado!
LUIS. No creas.
JULIA. Algo me ocultas.
LUIS. Que te lo diga Ricardo.
CONCHA. Habla tú. (Á Ricardo.)
RICARDO. Si no fué nada.
JULIA. Déjalos! Se han obstinado
en callar... pero no importa:
aunque ellos son reservados,
yo, ya que estamos aquí
todos juntos, voy á daros
cuenta de cierto secreto.
CONCHA y RICARDO. Un secreto?
LUIS. (Con ansiedad.) Cuál?
JULIA. Despacio!
Ante todo, Luis, te pido

perdon.

LUIS.

¡Tú!

JULIA.

No he consultado contigo, y tal vez repruebes...

LUIS.

Acaba. (Yo estoy temblando!)

JULIA.

Si no sé cómo empezar á revelártelo.

LUIS.

Vamos!

JULIA.

Esa amiga mia, sabes? la que hace poco ha llegado...

LUIS.

Sí.

JULIA.

Ya te conté sus cuitas: pues bien, la pobre está ansiando acabar su triste vida en el silencio de un claustro; pero ya ves, mientras viva... *esa niña*, no le es dado cumplir tan santo deseo.

LUIS.

Y qué? (Con ansiedad.)

JULIA.

Que yo, recordando cuánto anhelas tú tener un hijo, me he figurado que podría desde luego contar con tu beneplácito, y he adoptado á esa niña...

CONCHA y

RICARDO. Tú?

LUIS.

Tú!

JULIA.

Qué os sorprende? Cuando á las desdichas ajenas fué mi corazón extraño? Además, en esta acción, no tan solo me ha guiado la caridad, hay su parte de egoísmo: que aliviando la pena de esa infeliz, habremos realizado nuestro deseo. (Luis quiere hablar.) Sí, sí; *nuestro* deseo; acaso no puedo yo apetecer lo que tú estás anhelando? Dime, qué es el matrimonio sin hijos? flor, de su tallo

arrancada, que se agosta
al hundirse en el ocaso
el sol; y triste y aislada,
en retiro solitario
exhala el postrer suspiro,
que va á perderse al espacio!

RICARDO. Tiene razon.

JULIA. Sí: los hijos
son el deleite más grato
de los padres; y si Dios
los propios nos ha negado,
no por esto nos prohíbe
que adoptemos los extraños.

RICARDO. No.

JULIA. Pobre es ella; nosotros
ricos; y yo no he dudado,
Luis mio, que aprobarias...

LUIS. Sí, sí, merece mi aplauso.

RICARDO. Y tambien el mio.

CONCHA. Todos
tu proceder ensalzamos.

JULIA. Gracias.

CONCHA. Mas quién es el padre?

JULIA. No lo sé; ni es necesario
tampoco: en tí lo hallará, (Á Luis.)
no es verdad?

LUIS. Comprendo. (Bajo.)

JULIA. Cállalo. (Id.)

LUIS. Admiro tu virtud. (Id.)

CONCHA. Yo

seré su hermana.

JULIA. Bien.

CONCHA. Cuándo
la vamos á conocer?

JULIA. Dentro de muy poco rato.

LUIS. Dónde está? (Con visible interés.)

JULIA. Calma, hombre, calma: (Bajo.)
que nos estan observando.

Aprobais, pues?... (Señal afirmativa en todos.)

No sabeis

qué peso me habeis quitado!

Y ya que á gusto de todos

se zanjó este asunto, vamos á otra cosa. Concha, hiciste ya las paces con Ricardo?

CONCHA. Yo sí; no sé si él...

RICARDO. También, que todo ha sido un engaño.

JULIA. Estos se aman. (Á Luis.)

LUIS. Yo celebro...

JULIA. Que os haga Dios bien casados!

LUIS. Explicame bien... (Ap. á Julia.)

JULIA. Creí que hubieras adivinado.

LUIS. Eres un ángel! (Arrodillándose.)

JULIA. No, no;

mejor estás en mis brazos: así.

LUIS. Me vuelves la vida!

JULIA. Repara que te he echado cadenas...

LUIS. No siento más sino que son en tu daño.

JULIA. En el mio! No; si tú las admites...

LUIS. De buen grado. El alma te doy por ellas.

JULIA. Pues entonces, Luis, yo gano.

LUIS. Me avergüenzas. Si no fuera!... (Mirando á Concha y Ricardo.)

JULIA. Qué?

LUIS. Mira; dáme otro abrazo.

CONCHA. Volverás á dudar? (Ap. á Ricardo.)

RICARDO. No.

CONCHA. Pues bésala, y perdonado.

(Ricardo le besa la mano.)

LUIS. Conque Enrique?...

JULIA. Ya se fué.

LUIS. Sin castigo!

JULIA. No te pese: porque amigos como ese...

LUIS. Son una plaga, lo sé. Por una dicha ilusoria hube la cierta olvidado;

mas hoy, tú me has enseñado
el camino de la gloria.
Mi amor y mi gratitud
eternos por tí serán;
que asegurados estan
con lazos de tu virtud.
Y no han de causarme penas
las cadenas en que vivo,
que es dicha verse cautivo
entre tan *dulces cadenas*.

FIN.

*Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 10 de Febrero de 1866.*

El censor de teatros.
NARCISO S. SERRA.

